

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

JUEGOS DE TRAMPOSOS

*Clark
Carrados*



Estaba sentado en un banco del parque, arrojando miguitas de pan a los patos del estanque y ella no se había apercebido de su presencia, hasta que oyó la voz de tonos un tanto irónicos, que le dirigía una pregunta:

—¿Preocupada por el juicio, Cleo Shapper?

La joven se volvió y contempló unos instantes al hombre que parecía haberle adivinado los pensamientos. Parecía joven, aunque la barba de casi un mes que cubría sus mejillas aumentaba aparentemente su edad. Vestía con modestia, casi pobremente, aunque con ropas limpias: cazadora de tela, camisa a cuadros, tejanos y zapatillas blandas. Cleo adivinó que era alto y fornido, a pesar de la postura en que se hallaba, sentado y con el torso ligeramente inclinado hacia adelante.



Clark Carrados

Juegos de tramosos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1611

ePub r1.0

Lds 07.02.19

Título original: *Juegos de tramosos*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba sentado en un banco del parque, arrojando miguitas de pan a los patos del estanque y ella no se había apercebido de su presencia, hasta que oyó la voz de tonos un tanto irónicos, que le dirigía una pregunta:

—¿Preocupada por el juicio, Cleo Shapper?

La joven se volvió y contempló unos instantes al hombre que parecía haberle adivinado los pensamientos. Parecía joven, aunque la barba de casi un mes que cubría sus mejillas aumentaba aparentemente su edad. Vestía con modestia, casi pobremente, aunque con ropas limpias: cazadora de tela, camisa a cuadros, tejanos y zapatillas blandas. Cleo adivinó que era alto y fornido, a pesar de la postura en que se hallaba, sentado y con el torso ligeramente inclinado hacia adelante.

El hombre tenía una sonrisa que predisponía inmediatamente a la simpatía, completada por un revuelto pelo dorado y los ojos más azules que ella había visto jamás en una persona del sexo opuesto. No lo había visto hasta entonces y se sintió extrañada de que la conociera.

—Creo que eso no le importa demasiado, señor —contestó glacialmente.

El hombre se echó a reír.

—Sí, estás preocupada —insistió—. Y, en tu lugar, yo desecharía ese problema, porque tiene una solución terriblemente fácil.

Aquello picó a Cleo. Ciertamente, el desconocido había adivinado su estado de ánimo y, en efecto, estaba preocupada por el desenlace del juicio, que se produciría a la mañana siguiente.

—¿Quién es usted? —preguntó, intrigada a su pesar por lo que acababa de decir aquel hombre, que tan bien parecía enterado de

sus problemas.

—El nombre es Zane Beacham —contestó él. Lanzó las últimas migas de pan se frotó las manos y se recostó en el banco, con los codos en el respaldo—. La verdad, no sé por qué tanto temor al resultado del juicio. Si yo estuviese en tu lugar, ya lo tendría resuelto.

Y, además, le daría una buena lección a ese imbécil de Wardo Jones.

Cleo sentía que su curiosidad aumentaba por momentos.

—Bueno, a ver, dígalo de una vez —solicitó, con burlona sonrisa—. Tal vez usted haya encontrado la panacea para un asunto que, siéndole sincera, debo admitir que tengo perdido.

—Porque tú lo has querido —contestó Beacham. Movié una mano—. ¿Por qué no te sientas y te lo cuento todo con más detalle?

Cleo vaciló. El aspecto del desconocido no predisponía mucho en su favor. Las ropas usadas, casi harapientas, la barba de varias semanas... Quizá acabaría pidiéndole una limosna o arrebatándole el bolso...

—No soy un ladrón. —El pareció adivinar sus pensamientos—. Pero si quieres permanecer en pie...

—Está bien. —Cleo se sentó decidida a su lado, vuelta hacia él—. Empieza a hablar.

—De acuerdo.

Beacham habló durante dos minutos escasos. Cuando terminó, Cleo tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Usted haría eso? —preguntó, atónita.

—Sin pensármelo dos veces, Cleo.

—Tengo los mejores abogados de la ciudad...

—Mira, princesa, lo único que quiere Jones es publicidad. Perderás la demanda, porque es inevitable. Pero puede derrotarle si haces lo que te digo. Con franqueza, tus abogados te han aconsejado pésimamente.

Beacham se inclinó, agarró una piedrecita y la tiró al estanque. Un pato graznó inmediatamente.

—Ese pato me ha insultado en su lenguaje —añadió—. ¿Debo contestarle en la misma forma?

—Creo que comprendo la metáfora. —Cleo sonrió. De repente, se sentía mucho más aliviada—. Pero mis abogados protestarán...

—No les digas nada. Dales la sorpresa en el tribunal. Ellos te representan legalmente, se supone que por su experiencia forense, pero tú eres la demandante y tienes también derecho a exponer tu punto de vista, Si lo haces así, derrotarás a Jones, tenlo por seguro.

Cleo miró al hombre durante unos segundos. ¿A qué se dedicaba? ¿Qué hacía? ¿Cómo podía saber tantas cosas del asunto que le había hecho pasar las últimas noches en vela?

Beacham la miraba, sonriendo francamente. Era una muchacha muy bonita, de pelo intensamente negro, partido en dos mitades y recogido en la parte posterior de la cabeza por un redondo moño, que dejaba a la vista los lóbulos de las orejas, adornados por unos aros de plata. Los ojos tenían unas pupilas verdes preciosas. La silueta no desmerecía en absoluto del óvalo del rostro, de rara perfección. El vestido era sencillo, pero de una firma cara. Toda una belleza, pensó.

Cleo sonrió de pronto.

—Me parece que haré lo que me has dicho —exclamó al cabo—. Y, a fin de cuentas, ¿qué me puede importar lo que Jones...?

—¿Ves? Empiezas a ser una persona sensata —dijo Beacham—. Compraré el periódico de la tarde de mañana, para conocer el final del proceso.

De pronto, Cleo se sintió audaz.

—Me gustaría comunicártelo yo misma —manifestó—. ¿Dónde podría encontrarte, Zane?

Beacham tendió la mano hacia el otro lado de la avenida.

—Allí, en el Callejón de los Chinchos, en la taberna de Mack Patapalo. Si no estuviese, Mack podría indicarte dónde encontrarme.

—¿Eres aficionado al alcohol? —preguntó ella con cierta repugnancia.

—Un trago de cuando en cuando, nunca sienta mal, Pero, aunque no lo creas, El Caldero de Alquitrán es un lugar muy agradable. Y las bebidas son de lo bueno.

Cleo se echó a reír.

—¿Es ése el nombre de la taberna? —preguntó.

—Mack tiene mucha imaginación para denominar las cosas —respondió Beacham.

El defensor de Wardo Jones había terminado su requisitoria. Ahora le correspondía el turno al que había efectuado la demanda en nombre de Cleo Shapper. Se levantó pomposamente, seguro del demoledor efecto que sus palabras iban a causar en el juez, pero antes de que pudiera despegar los labios, Cleo, que aguardaba impaciente el momento, se levantó con viveza.

—¡Señoría, renuncio a la demanda! —dijo, casi gritando.

El juez abrió la boca y no fue el único. Wardo Jones respingó. Su abogado pareció buscar aire. Los tres abogados que estaban junto a la joven se sentían aterrados.

Los periodistas tomaban notas febrilmente. Estaban prohibidas las cámaras en la sala de justicia y por dicha razón no se tomaron fotografías del histórico momento.

William Forrester Vinson, jefe del equipo de abogados que defendía a Cleo, trató de intervenir.

—Señoría, me parece que no debemos tener en cuenta las manifestaciones de mi cliente. En los últimos tiempos, ha estado sometida a fuertes presiones...

—¡Cállese, estúpido! —cortó ella de súbito—. Sé lo que me digo. Renuncio a la demanda. El libro publicado por el señor Jones, acerca de mí, puede circular normalmente. Que lo sigan vendiendo, que lo anuncien por todas partes. No tengo el menor inconveniente.

Jones se removió inquieto en su asiento.

—¿Qué truco es ése? —preguntó a su abogado.

—No lo sé, pero si aceptan su decisión, no podremos presentar una contrademanda —gruñó el leguleyo.

La mano del juez se movió ligeramente.

—Este tribunal podría aceptar su decisión, señorita Shapper, si expresara los motivos que la han impulsado a adoptar tal decisión.

—Lo haré con mucho gusto, Señoría. El señor Jones escribió y publicó un libro titulado «La vida pretendidamente privada de una rica heredera». Esa rica heredera soy yo, pero no tengo la culpa de mi nacimiento, como el señor Jones no la tiene del suyo. Ciertamente, puedo admitir que algunas acciones que he realizado en los últimos tiempos no son, digamos, demasiado éticas, aunque tampoco he infringido las leyes. Pero ¿qué es lo que, en síntesis,

dice el libro de mí?

»Cuenta montones de chismes, decenas de anécdotas, unas auténticas y otras falsas, fotografías que, en más de una ocasión, son trucajes de laboratorio; sucesos con potentados extranjeros y jeques petrolíferos... En resumen, algo así como quinientas revistas del corazón, reunidas en un solo libro y hablando exclusivamente de mí y de mis relaciones, tanto con hombres como con mujeres.

»Una no puede evitar ser lo que es y, aunque su nacimiento influya en su personalidad, lo cierto es que, a partir de cierta edad, ya no se debe culpar a los demás de lo que le pueda suceder. Si mi comportamiento hubiera sido distinto, el señor Jones no habría tenido ocasión de escribir su libro, pero ya está hecho... y no lo quiero evitar.

Cleo tomó aliento y prosiguió:

—No lo puedo afirmar oficialmente, pero todos sabemos que el señor Jones buscaba publicidad para su libro. Un proceso como éste, en el que una mujer se siente difamada, atrae la atención de la prensa, la radio y la televisión, que es tanto como atraer la atención del público lo que, en definitiva, significa aumento de las tiradas de edición.

»Pero el libro se publicó hace ya dos meses, con notable campaña publicitaria. Y, a pesar de todo ello... —Cleo no pudo evitar una sonrisa desdeñosa—. Lo sabemos todos, Señoría; cuando un libro es bueno, cuando se convierte en un “*best-seller*”, en pocas semanas se venden cientos de miles de ejemplares. Del libro del señor Jones, en dos meses, se han vendido, hasta las siete de la tarde de ayer, exactamente mil cuatrocientos dos ejemplares.

Hubo un momento de silencio. Los murmullos de los espectadores se desataron de pronto. El juez tuvo que imponer silencio con el mazo.

—¿Tiene algo más que decir, señorita Shapper?

Cleo volvió los ojos hacia Jones.

—Sí, Señoría —contestó—. Mis palabras finales, las que rematarán el caso. El señor Jones publicó su libro basándose en la libertad de expresión. Yo también tengo libertad para expresar lo que siento hacia su obra: es un libro gramaticalmente incorrecto, argumentalmente monótono y literariamente pedestre, lo cual explica la mísera cantidad de ejemplares vendidos en más de ocho

semanas. Por tanto. Señoría, retiro mi demanda y declaro que no deseo ejecutar ninguna acción legal contra el señor Jones. Gracias por su bondad, Señoría.

Cuando Cleo terminó, estalló una espontánea salva de aplausos. El abogado Vinson miró a todas partes, hinchado como un pavo, sonriendo con aire de superioridad, como si quisiera decir a todo el mundo que Cleo había hablado por consejo suyo.

El silencio se rehízo.

—Bien —dijo el juez—, en vista de las manifestaciones de la demandante, se da el caso por concluido por sobreseimiento, sin responsabilidad para nadie. Excepto para la demandante, a la que se ha olvidado un pequeño detalle.

—¿Señoría? —dijo Cleo.

—Las costas del juicio. Sus abogados se entenderán con el secretario del tribunal. Éste es un gasto que no se puede cargar al erario público.

—Acepto su decisión, Señoría, y le doy las más rendidas gracias por la comprensión y la cortesía que ha mostrado en todo momento hacia mi persona —contestó Cleo, a la vez que hacía una elegante reverencia.

El ujier declaró finalizada la audiencia. Cleo recogió su bolso y se acercó a la mesa donde estaban Jones y su abogado.

—Señor Jones —dijo la muchacha.

El escritor se volvió. Estaba pálido de rabia.

—Diga —contestó con voz ronca.

—He omitido algo antes, porque quería decírselo de un modo privado, ya que no tengo pruebas de ello. Sin embargo, sus intenciones eran fáciles de adivinar. Usted pretendía que yo obtuviese una orden judicial, para evitar se publicase el libro. Lo habría conseguido momentáneamente, pero luego esa orden se habría revocado. Entonces, habría presentado una contrademanda por daños y perjuicios, con lo que habría obtenido una sustanciosa indemnización. Lamento haberle estropeado sus planes.

Jones parecía ahogarse. Implacable, Cleo finalizó:

—Nadie le impedirá que su libro siga vendiéndose... cuando encuentre compradores. Y lo que dije antes sobre sus cualidades es absolutamente cierto. Con un añadido: es una...

Cleo sonrió amablemente.

—Añada la palabra que no quiero pronunciar, señor Jones —se despidió.

* * *

Wardo Jones llegó a su casa, hundido, abatido, desmoralizado. Había fracasado. Lo que Cleo había dicho era rigurosamente cierto: el libro era infame y la cifra de ejemplares vendidos era ridícula. Todos sus sueños de fortuna se habían evaporado ante la inesperada decisión de la muchacha, toma da, estaba seguro, en contra del consejo de sus abogados. ¿Quién diablos la había hecho variar de opinión?

Sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta y pasó al otro lado. Entonces vio la pistola que alguien sostenía en la mano.

—Eh, ¿qué diablos...?

—Estúpido, imbécil —oyó Jones como en sueños.

—Pero ¿qué le pasa?

—Has hecho lo peor que podía suceder: buscar publicidad. Pero, por fortuna, yo estoy aquí para corregir tu error.

—Espera un momento, deja que te explique...

—Tus momentos se han acabado ya.

Jones extendió las manos desesperadamente. La pistola apenas hizo ruido, gracias al silenciador. Jones notó el golpe del proyectil en el pecho y cayó de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas.

—Estás en un error... —sollozó.

Sintió otro golpe en la frente y, en una milésima de segundo, supo que el segundo proyectil le había atravesado el cerebro.

La señora Svenson estaba junto a la ventana, tejiendo una bufanda para su esposo, y vio salir de la casa a una mujer joven y esbelta, vestida con un traje de color amarillo pálido. La mujer entró en un descapotable de color rojo fuego y se alejó rápidamente. A los pocos segundos, la señora Svenson había olvidado a la joven.

Sin embargo, recordó el detalle cuando fue interrogada por la policía.

CAPÍTULO II

Con grandes precauciones, casi pisando de puntillas, Cleo llegó a la puerta de El Caldero de Alquitrán y miró a través de los cristales. A primera vista, parecía una taberna en donde no podía haber más que piratas, tahúres y contrabandistas, además de las inevitables damas de fácil virtud. Pero le sorprendió ver que era un local modesto y limpio y que los clientes no parecían en modo alguno forajidos o maleantes.

De pronto, divisó a Beacham, sentado ante una mesa, con cuatro hombres más y todos muy entretenidos con las cartas. Sonriendo, abrió la puerta, descendió tres escalones y avanzó hacia el rincón donde se celebraba la partida.

Un hombre salió a su encuentro. Cleo, horrorizada, vio que tenía una auténtica pata de palo.

—¿Qué quieres, chica? —preguntó.

—Busco a Zane Beacham. Tengo que hablar con él, Mack. El dueño se sorprendió vivamente.

—Me conoces —dijo.

—Zane me ha hablado mucho de ti. Anoche recordaba a tus antepasados, mientras consumía el bicarbonato a paladas. Dijo no sé qué del infecto licor que vendía un tal Patapalo... Ese eres tú, ¿verdad?

Mack se quedó atónito. Sonriendo graciosamente, Cleo se acercó a la mesa donde estaban los jugadores.

Ninguno de ellos la prestó atención. Cleo vio que Zane avanzaba unas fichas.

—Cien más —dijo.

—Subo a ciento veinte —musitó otro.

—Serán ciento sesenta —exclamó un tercero.

Los otros dos tiraron las cartas.

—Es demasiado.

—Estáis locos.

—Doscientos —dijo Beacham.

—Veo —decidió uno de los jugadores. El otro desistió.

Se enseñaron las cartas. Beacham tenía trío de doses. El otro, dobles parejas.

—Estás de suerte, Zane, maldita sea —se quejó el perdedor—. Ya te has llevado hoy más de cinco mil y eso no puede seguir así.

—Eh, muchachos, ¿quien dijo que los ángeles no existen? Aquí estoy viendo a uno...

Beacham se volvió y se levantó de un salto.

—¡Cleo! —exclamó alegremente—. Has venido...

—Aquí me tienes —contestó ella—. Quedamos en que te daría noticias, antes de que salieran los periódicos.

—Lo recuerdo. ¿Cómo ha salido la cosa?

—Perdiendo, he ganado. Hice lo que me aconsejaste, exactamente, Fue todo un éxito, aunque debo añadir que puse algo de mi cosecha.

—El toque personal, claro.

—Sí, eso es.

De pronto, Beacham pareció recordar algo.

—Dispénsame, Cleo; olvidé presentarte a mis amigos...

Se volvió hacia el que estaba más cerca.

—Éste es Bud *el Risueño* —dijo.

Era un sujeto alto, delgado, de cara chupada y expresión fúnebre. Ni siquiera sonrió al saludar a la muchacha.

—Hola, Bud —dijo ella.

—Te presento a Mike *el Pluma* —continuó Beacham.

Parecía un toro con ropas de hombre, tremendamente fornido y capaz de romper los tabiques a puñetazos, pensó la muchacha.

—¿Qué tal, Mike?

—El siguiente es Randy *el Torpe* —dijo Beacham.

Era de mediana estatura, nariz afilada y ojos astutos.

—Me gustaría saber dónde te ha encontrado Zane. Seguramente, no en un cubo de la basura —exclamó Randy alegremente.

—Ella no frecuenta esos lugares, zoquete —rezongó Beacham—. Y, por último, Cleo, Freddie *el Everest*.

Freddie se puso en pie sobre una silla. Así quedaban sus ojos sólo un poco por encima de los de la joven.

—No sé si soy el gigante más pequeño del mundo o el enano más alto —exclamó, riendo atronadoramente—. ¿Qué tal, Scherazada?

Cleo se sentía la mar de divertida.

—Es un placer, Freddie —le dio la mano.

—Zane tiene toda la suerte del mundo. No sólo te ha encontrado a ti, sino que nos ha vaciado los bolsillos —se quejó el enano.

Ella frunció el ceño. Todos vestían con notoria modestia. Pero ¿cómo era posible que Beacham les hubiese ganado cinco mil dólares?

El pareció adivinar los motivos de su perplejidad y se echó a reír.

—Cleo, las cifras de la partida son en centavos. Pero impresionan mucho a los ajenos que vienen a curiosear —exclamó.

Cleo rió también.

—Entonces, cinco mil...

—Sólo son cincuenta dólares. Anda, siéntate y tomarás una copa con nosotros para celebrarlo. ¡Mack, una botella de lo bueno!

—¡Va en el acto! —contestó Patapalo.

Mack llevó a la mesa una botella, otro vaso y un gran bote.

—¿Qué es esto? —preguntó Beacham, desconcertado.

—Bicarbonato —gruñó el dueño del local—. Anoche lo tomabas a paladas, creo.

Beacham abrió la boca. Mack volvió a bufar.

—Ella lo ha dicho. —Y se marchó.

—Era una broma —explicó Cleo riendo.

Todos se echaron a reír. De pronto, Mike lanzó una exclamación:

—Eh, Cleo, mira; parece que Jack *el Gordo* está poniendo una multa en tu coche.

Cleo volvió la cabeza. A través de la ventana, podía ver al policía que estaba sujetando la notificación de la multa en el parabrisas de su descapotable rojo.

—No sabía que hubiese prohibición de estacionamiento —dijo ella.

—Freddie, sal y dile a Jack que es amiga nuestra —ordenó Beacham.

—Sí, Zane.

El enano corrió con agilidad increíble y salió a la calle. Cleo le vio hablar y gesticular vivamente con el guardia. El policía asintió y retiró la papeleta. Luego dio una palmada en la cabeza de Freddie y continuó su ronda. —Ya está— dijo el Everest al volver a la mesa.

—Bueno —exclamó Beacham—. Vamos a celebrar el éxito de esta chica tan encantadora. Perdiendo, ha ganado y no sólo públicamente, sino en su propia estimación. ¿Me equivoco, Cleo?

Ella asintió, con ojos chispeantes.

—No estoy segura, pero diría que encontrarme contigo ha sido una especie de revulsivo que estaba necesitando —contestó, Levantó su vaso y añadió—: Por el mejor consejo que me han dado en muchos años... y por el hombre que me aconsejó.

Cinco vasos se alzaron al mismo tiempo. Luego, Bud, el hombre de cara de enterrador, dijo:

—Bienvenida al club de los Pervertidos Sanguinarios.

—Del cual se te nombra miembro honorario —añadió Mike.

—Acepto el nombramiento y solicito humildemente pagar el gasto —contestó ella.

—Se te concede ese honor —dijo Freddie.

Randy suspiró.

—Tengo un hermano médico y nunca me receta una chica como tú —se lamentó.

Cleo rió alegremente. Luego se volvió hacia Beacham.

—Por lo visto, aquí todo el mundo tiene un apodo contrario a lo que es en realidad —dijo.

—Somos gente de buen humor —respondió Beacham—. ¿Qué dijo Jones cuando oyó tu discurso?

—Puso una cara digna de ser perpetuada en una fotografía —dijo ella—. Pero tú tenías razón...

De pronto, Cleo vio que Beacham se ponía serio.

—Chicos, cuidado —dijo el joven a media voz—. Ahí vienen los hombres de Ross Pemberton. Presiento que vamos a tener jaleo.

La muchacha se volvió. Dos sujetos, de aire patibulario, pese a su elegante vestimenta, avanzaban hacia el mostrador, seguros de sí mismos, como si todo el mundo les perteneciese.

—Son Fatso Kurr y Dog Allstrong —cuchicheó Freddie. Los dos sujetos se acercaron al mostrador.

—Mark, sírvenos de beber —pidió Kurr.

—Lo siento. Me han prohibido servir cianuro —contestó Mack fríamente.

Kurr cambió una mirada con su compinche.

—Tiene ganas de broma —rió.

—Es un tipo muy humorista —contestó Allstrong.

Mack chasqueó los dedos.

—Será mejor que os larguéis con viento fresco —gruñó.

De pronto, Kurr alargó la mano y agarró a Mack por la pechera de la camisa.

—Debes cuatro semanas de cuota, Patapalo, y el jefe no puede esperar más, de modo que a pagar o tendrás que lamentarlo —dijo furiosamente.

Beacham hizo una seña a sus amigos con la cabeza y se puso en pie.

—Vamos, muchachos; Mack necesita ayuda —dijo.

Cuatro hombres se pusieron en pie. Randy hizo chasquear sus nudillos estremecedoramente.

—Cleo, no te muevas —ordenó el joven.

Con paso rápido y fácil llegó junto al mostrador.

—Eh, vosotros, cerdos de dos patas, dejad en paz a Mack —exclamó.

La reacción de Allstrong le sorprendió. Cuando quiso recordar retrocedió a toda prisa, a consecuencia de un golpe recibido en la mandíbula. El final de su carrera fueron las piernas de Cleo, sobre las que se sentó antes de poder evitarlo.

—Pega como una mula —se quejó.

Ella cogió un vaso y se lo entregó.

—Animo, muchacho —dijo.

Randy se acercó a Kurr, quien seguía frente al mostrador. Kurr, de súbito, disparó el pie derecho hacia atrás y la cox alcanzó de lleno al hércules en pleno estómago. Luego se volvió y le atizó un tremendo rechazazo a Mike, quien cayó sobre una mesa, después de un corto vuelo, convirtiéndola en astillas.

—Parece que sabe defenderse —comentó Cleo.

Beacham sacudió la cabeza y se puso en pie.

—Guárdame el asiento —pidió.

En aquel instante, Freddie se había puesto a caballo sobre los hombros de Karr y le tiraba de los pelos. El pandillero aullaba frenéticamente. Allstrong corrió en ayuda de su compañero, pero Bud interpuso la pierna y el hombre empezó a caer. Su caída finalizó en el mostrador, al que golpeó fuerte mente con su frente.

En el mismo instante, se abrió la puerta del local y tres robustos sujetos penetraron a todo correr. Mike lanzó un aullido.

—¡Vienen refuerzos!

Beacham se volvió. Recibió un golpe en un ojo y lo devolvió contundentemente a la mandíbula del atacante. En pocos instantes, la taberna se convirtió en un maremágnum de cuerpos que iban y venían por todas partes, destrozando el mobiliario y rompiéndolo todo.

Alguien tiró una botella al suelo. Mack se ladeó, dejó pasar el proyectil, que causó estragos en la estantería, y se agachó para hacer algo. Cleo se había subido a una silla, pegada a la pared, y contemplaba atónita aquel indescriptible tumulto. De pronto, vio algo todavía más insólito.

Mack se había quitado la pata de palo, soltando las correas que la sujetaban al muñón de la pierna. Agarrándola por la parte inferior y sujetándose con la mano izquierda a la barra, saltaba a la pata coja, manejando la prótesis como si fuese un garrote y repartiendo estacazos imparcialmente a toda cabeza que se ponía a su alcance.

De pronto, Cleo vio a Beacham que cambiaba unos golpes con uno de los sujetos. El hampón retrocedió hacia donde estaba ella. Cleo agarró una botella y la rompió en la cabeza del sujeto, quien se desplomó en el acto.

Beacham sonrió.

—Gracias, guapa.

Y se volvió, justo a tiempo de recibir un puñetazo que lo lanzó de nuevo contra la muchacha. Cleo le recogió en sus brazos.

—¡A la lucha, campeón! —gritó.

—Otra vez gracias —contestó él. Esquivó ágilmente un izquierdazo y correspondió con un directo a la mandíbula del sujeto. Después de derribarlo, saltó por encima de su cuerpo.

Agarró una chaqueta e hizo girar a su dueño en redondo. —

¡Cuidado, Zane, que soy yo!— chilló Bud. —Dispénsame, Risueño.

Los dos amigos se volvieron simultáneamente para hacer frente a sendos enemigos. El de Beacham retrocedió hasta donde se hallaba Cleo. Al intentar volver a la carga, ella lo sujetó por las orejas, lo que le permitió al joven dejarlo sin sentido de un seco derechazo a la mandíbula.

—Te quiero, princesa —dijo él, tirándole un beso con la mano.

Mack continuaba dándole a su pata de madera. La cosa hubiera continuado por tiempo indefinido, de no haber sido porque, inesperadamente, El Caldero de Alquitrán empezó a llenarse de hombres de azul.

CAPÍTULO III

El juez contempló con una mezcla de disgusto y aprensión a aquella colección de individuos que formaban en varias filas ante su estrado. Un sargento de policía recitó las acusaciones que se hacían contra los detenidos, entre los que figuraba Cleo, con un gran rasgón en el vestido y el pelo completamente revuelto.

Beacham tenía el ojo izquierdo cerrado. Sus amigos mostraban claras señales de la pelea, lo mismo que los hampones. Algunos tenían que ser sostenidos por otros en mejor estado. La pata de madera de Mack había sido decomisada como prueba del delito.

—Las acusaciones son desórdenes, embriaguez, daños físicos a personas y daños a bienes ajenos —declaró el policía.

—Gracias, sargento —dijo el juez—. Los acusados, ¿se consideran culpables o inocentes?

Un orondo personaje irrumpió en la sala en aquellos instantes.

—Ruego a su Señoría perdone mi tardanza... —se disculpó W. F. Vinson

—. Me han avisado demasiado tarde... —Dejó su tarjeta en el estrado—. Soy abogado de la señorita Shapper y deseo hacer saber a ese tribunal que ella es inocente.

El juez le dirigió una mirada socarrona.

—Abogado, todavía no conoce las acusaciones contra su cliente —dijo—. Tenga la bondad de esperar...

—Soy tan culpable como los demás, Señoría, y estoy dispuesta a aceptar la pena que me corresponda —exclamó Cleo impetuosamente.

—¡Pero es que no somos culpables! —exclamó Beacham—. Sólo pretendimos ayudar a un buen amigo en apuros. Esos rufianes —señaló a Kurr y Allstrong— entraron en El Caldero de Alquitrán...,

bueno, la taberna de nuestro amigo Mack *Patapalo*, y quisieron golpearle, porque se niega a pagar la «cuota de protección» que un miserable le ha impuesto arbitrariamente. Solamente cumplíamos con un deber ciudadano.

El mazo del juez golpeó la mesa con fuerza.

—¡Silencio! —ordenó severamente—. Los hechos objeto de la acusación están suficientemente probados. Por tanto, condeno a cada uno de los culpables a cien dólares de multa o dos semanas de calabozo, más la indemnización al dueño del local de todos los daños que hayan sufrido sus enseres, prorrateando dicho importe entre todos los presentes. Señor *Patapalo*, ¿a cuánto ascienden los daños?

Mack hizo unos gestos con la mano izquierda, ya que con la derecha se apoyaba en el Everest.

—Unos ochocientos dólares, así, así, Señoría —contestó—. Por cierto, ¿puede devolverme mi pierna de madera? Mi amigo Freddie se queja de cansancio...

—Tome su pata de palo —dijo el juez—. En total, son once los acusados, de modo que a cada uno de ellos le corresponderán...

—Setenta y dos dólares con setenta y dos centavos, Señoría —dijo *Beacham* rápidamente.

—El sargento *ujier* se encargará de recolectar las multas y el dinero de los daños, y nadie será puesto en libertad si no ha pagado lo debido. —El mazo del juez golpeó la mesa—. Ésa es mi sentencia...

Repentinamente, dos hombres entraron en la sala con gran precipitación y se dirigieron hacia el estrado. Uno de ellos se acercó al juez y cuchicheó algo a su oído.

Beacham frunció el ceño.

—¿A qué diablos han venido aquí el teniente *Clancy* y el sargento *Kowalski*? —murmuró al oído de el *Risueño*.

—Esto me da muy mala espina —dijo el aludido.

El juez asintió. Luego dijo:

—Mi sentencia ya está dicha y el sargento *ujier* se encargará de cumplimentaría, excepto en el caso de la señorita *Shapper*, a quien el teniente *Clancy*, de la División de Homicidios, tiene algo importante que comunicar.

Cleo respingó y se atusó el pelo maquinalmente. *Vinson* dio un

paso hacia adelante.

—Teniente, soy el abogado de la señorita Shapper —exclamó—. ¿Puede informarme qué le sucede a mi cliente?

Clancy le miró un segundo. Era un hombre de mediana estatura, fornido, de ojos perspicaces y mandíbula cuadrada.

—Celebro su presencia, abogado —dijo—. Así podrá actuar inmediatamente en favor de su cliente.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que sucede? —preguntó Beacham, impaciente.

—Ahora lo sabrán todos. Señorita Shapper, debo comunicarle que queda arrestada, acusada de homicidio en la persona de Vardo Jones. Su abogado está ya presente, de modo que no necesita llamarlo; puede permanecer callada, si lo desea, pero si hace alguna declaración, podrá ser utilizada contra usted. ¿Me permite las muñecas, señorita? —solicitó galantemente el policía, a la vez que sacaba las esposas.

* * *

Cleo y todos los presentes se sentían estupefactos, pero, sobre todo, la muchacha, era la viva estampa de la desolación y el desconcierto. Maquinalmente levantó los brazos, pero antes de que pudieran ponerle las argollas, Beacham dio un salto y se colocó entre ella y el policía.

—Eh, un poco de formalidad, Johnny —exclamó airada mente—. No puedes acusarla de una barbaridad semejante. Ella no es culpable...

—¿Ah, no? —contestó Clancy con sorna—. Entonces, Zane Beacham, dime, ¿quién estuvo en casa de Vardo Jones y salió de ella, llevando un traje de color amarillo, para embarcar en un descapotable de color rojo, a las cuatro y treinta y nueve minutos de la tarde, hora observada por una testigo que vive en el mismo edificio? Jones fue encontrado muerto por un amigo que había ido a visitarle, alrededor de las nueve de la noche. El forense ha declarado que murió aproximadamente unas cuatro o cinco horas antes. ¿Más pruebas, Zane?

El joven sonrió.

—La hora en que salió de esa casa, ¿está bien determinada?

—Con toda puntualidad.

—¿No hay margen de error?

—La testigo miró el reloj, porque estaba aguardando la visita de su hija, que debía haber llegado a las cuatro y media y se retrasaba en la llegada.

—Entonces, das como hora del crimen las cuatro y treinta y pocos minutos, porque a los treinta y nueve ella ya salía de la casa de Vardo.

—Exactamente. Ahora reuniremos más pruebas...

—No te molestes, Johnny. Busca a otro criminal, otra mujer, vestida con un traje amarillo y con un auto color rojo. Ella estaba en El Caldero de Alquitrán a las tres y cincuenta minutos de la tarde y permaneció allí hasta que un montón de policías nos trajeron a los calabozos del juzgado, casi una hora más tarde.

Beacham hizo un amplio ademán y añadió:

—Yo, mis cuatro amigos, Patapalo y estos cinco gahnápiros que trabajan, es un decir, para Ross Pemberton, podemos probar esa coartada.

Clancy tenía la boca abierta. Freddie dijo:

—Zane, te olvidas de Jack *el Gordo* Quiso poner una multa al coche de Cleo por estacionamiento indebido.

Beacham chasqueó los dedos.

—Es cierto —exclamó—. Johnny, otro más para la coartada de Cleo. Puedes llevártela arrestada si quieres, pero te encontrarás en un serio conflicto..., porque incluso el informe del jefe de la fuerza que actuó en El Caldero de Alquitrán asegura en su informe que entró a las cuatro treinta y tres minutos.

Clancy se sentía desconcertado.

—Pero, entonces, ¿qué diablos...?

El juez carraspeó.

—Caballeros, están obstaculizando la labor de este tribunal y hay más casos por juzgar.

¿Por qué no continuar, en la antesala?

Cleo se volvió hacia Vinson, que parecía como alelado.

—W. F., pague nuestras multas —ordenó.

—Sí, sí, señorita...

Beacham puso una mano en el hombro de la joven.

—Será mejor que nos larguemos. Johnny —se dirigió al policía

—, busca por otra parte; puede que ella sintiera tentaciones de asesinar en algún momento a Jones, pero no lo hizo. Clancy asintió.

—La cosa parece fuera de toda duda —dijo, caminando a la derecha de Cleo—. Pero ¿quién diablos se «cargó» a Jones?

—¿Cómo lo hicieron, Johnny? —preguntó Beacham, cuando ya cruzaban el umbral—. Dos tiros, uno al pecho y otro al cráneo. No se oyó ningún ruido; se supone que la asesina usaba silenciador.

—Cleo, ¿tienes alguna pistola en casa?

—Jamás. Nunca he usado armas de fuego —contestó ella con gran vehemencia—. A lo mejor contrató a un asesino para que lo matase. Así organizaba un bonito número publicitario —dijo detrás de ellos el Risueño, con acento rebosante de sarcasmo.

—Sí, serían ganas de vender ejemplares de ese infecto libro —contestó Beacham—. Bueno, Johnny, aquí se separan nuestros caminos. No me cabe la menor duda de que el que lo hizo quiso comprometer a Cleo, pero las cuentas le salieron mal... Clancy se puso las manos en los costados y miró de hito en hito a la joven.

—Señorita, dígame, ¿qué hacía una dama como usted en un antro como El Caldero de Alquitrán?

—Había ido a darle las gracias a Zane. El me aconsejó lo que debía hacer hoy en el juicio, por el asunto del libro de Jones...

—Ayer, Cleo —rectificó Beacham—. Hemos estado casi doce horas en los calabozos y casi va a amanecer.

—¿Sólo fue a eso? —se extrañó Clancy.

—¿A qué otra cosa podía ir? —Se mosqueó el joven—. Yo le di consejos sobre su comportamiento en el juicio, ella los puso en práctica y todo salió bien. Además, el local de Mack es de lo más decente; no tolera drogadictas ni vendedores de droga..., y si se organizó un tumulto fue debido a que Pemberton está irritado con él, porque no quiere pagar la cuota de protección. —Y se organizó la pendencia.

—Claro. Esos matones quisieron pegarle... Mack es nuestro amigo y no podíamos consentirlo.

Clancy levantó el índice.

—Ten cuidado. Pemberton es mal enemigo —avisó.

—Pemberton no sabe cómo las gastamos nosotros —respondió Beacham. Y añadió—. Tienes un difícil problema por resolver, Johnny.

El policía lanzó una maldición.

—Ella no ha sido, pero..., ¿quién entonces?

—Investiga sobre la vida y milagros de Jones. Puede que encuentres algo, Pero nosotros nos marchamos. ¿Verdad, Cleo?

—Sí, Zane —contestó ella.

Los otros aguardaban fuera, en la fría y gris amanecida de la ciudad. Un coche rojo llegó en aquel momento, tripulado por un sujeto que pesaba más de cien kilos.

—¡Es mi coche! —gritó Cleo.

—Pero si es Jack *el Gordo* —se asombró Bud.

El policía iba de paisano y se apeó.

—Señorita, aquí tiene su coche. Después de que ayer se los llevaran arrestados, yo lo llevé al garaje de un amigo. Si hubiera quedado en la calle, ahora sólo sería un melancólico recuerdo en su memoria.

Cleo se echó a reír.

—Es usted todo un poeta. Gracias, Jack. —Le besó en la mejilla —. ¿Queréis venir a desayunar a mi casa, muchachos?, —invitó al grupo.

Randy empujó a los otros tres.

—Que vaya Zane —dijo—. Nosotros regresamos a nuestros cubiles.

Cleo miró al joven.

—¿Aceptas, Zane?

Beacham se pellizcó el labio inferior.

—¿Qué dirá la servidumbre cuando te vea llegar en compañía de un pordiosero?

—Están acostumbrados a cosas peores, aunque vayan mejor vestidos —respondió ella, a la vez que se apoderaba de su brazo y tiraba de él hacia el coche.

CAPÍTULO IV

Beacham tomó el último sorbo de café, se limpió los labios y sonrió.

—Tienes una casa muy bonita —dijo.

—Papá contrató un buen decorador, eso es todo —respondió Cleo.

—¿Dónde está él ahora?

La muchacha dejó de sonreír.

—Murió hace dos años... —contestó—. Fue un accidente; estaba inspeccionando la mina... Aunque ya no lo necesitaba, seguía siendo ingeniero y, a veces, le gustaba inspeccionar los asuntos por sí mismo. Hubo una explosión y él quedó sepultado, con dos de sus ayudantes.

—Lo siento —dijo el joven—. Debió de ser un golpe muy duro para ti.

—Papá y yo estábamos muy unidos. Me costó mucho sobreponerme a ese golpe. Pasé, incluso, una larga enfermedad. Pero... era preciso seguir viviendo, Zane.

—Claro. Aunque luego... te dedicaste a cierta clase de vida, antiguamente calificada como de lujo y molicie.

Cleo se puso encarnada.

—Supongo que una chica en mis condiciones, con dinero ilimitado, perdería la cabeza... Cuando murió papá, acabábamos prácticamente de salir de la pobreza. El no tuvo apenas tiempo de disfrutar de su fortuna.

—Comprendo. De todas formas, no se te puede reprochar —sonrió el joven.

—Zane, una pregunta. ¿Qué haces? Quiero decir si trabajas en algo...

—Ahora estoy cobrando el subsidio de paro.

—¿No tienes trabajo?

Beacham negó con la cabeza.

—Yo podría darte un empleo... y a tus amigos también —dijo Cleo con gran vehemencia—. Hablaré con mi abogado...

—¡Horror! —Beacham se espantó—. Con ese pedante «container» repleto de leyes, no.

Gracias, de todos modos, por ahora, sin embargo, no siento apremios de dinero.

Se puso en pie.

—Estoy muerto de sueño —agregó.

—Aquí hay habitaciones para huéspedes —dijo ella intencionadamente.

—Prefiero dormir en mi casa. Ya has usado bastante a la servidumbre, trayéndome a desayunar contigo. No quiero que la doncella o el mayordomo sufran un ataque cardíaco.

Se encaminó hacia la puerta. Cleo corrió hacia él.

—Ven a verme siempre que quieras. Dejaré orden de que te permitan el paso en cualquier momento, no importa quién esté conmigo.

—De acuerdo, Cleo.

Los ojos de la joven chispearon.

—Lo he pasado estupendamente —dijo—. Aunque el final fue... amargo.

—Tú no lo hiciste. Y quizá Vardo se lo merecía.

—No puedes hablar así...

—Tengo buen ojo para juzgar a la gente. Vardo, estoy seguro de ello, era de la clase de tipos que siempre andan mezclados en asuntos poco honestos. Probablemente, el más decente fue el de escribir el libro.

—Ahora está muerto. Yo le detestaba, pero no hasta ese extremo.

Beacham sonrió.

—Tú eres una buena chica, sólo que un poco... desmandada en los últimos años. Adiós, Cleo.

Ella asintió.

—Cuídate el ojo, Zane.

Beacham se tocó izquierdo, completamente negro. Abrió la puerta y salió a la calle.

Momentos después, encontró un taxi y le dio la dirección de su casa. Un cuarto de hora más tarde se apeó, pagó la carrera y, haciendo saltar la llave en la palma de la mano, avanzó por el sendero central del pequeño jardín que rodeaba el edificio de una sola planta en que vivía.

Beacham se sentía muy a gusto allí. Dos hermosos robles, con más de cien años de antigüedad, flanqueaban el sendero y daban sombra a la casa. Estaban separados por unos diez metros y constituían el principal ornato del jardín.

De pronto, cuando llegaba a la altura de los árboles, vio algo que brillaba a un palmo del suelo.

Inmediatamente, se detuvo. Agachándose, estudió el brillante hilo de nylon que iba, tensísimo, de árbol a árbol. ¿Por qué aquella trampa?, se preguntó.

Al cabo de unos segundos se quitó el cinturón, que pasó en tomo al hilo. Sujetándolo por ambos extremos, dio un fuerte tirón, a la vez que saltaba hacia atrás.

Algo bajó silbando de la horquilla del roble de su izquierda, yendo a clavarse con seco chasquido en el otro roble, a metro y medio del suelo. Beacham se quedó atónito al ver aquella azagaya de origen indudablemente africano. El mástil medía casi dos metros y el hierro, largo y estremecedoramente aguzado, ofrecía un aspecto mortífero.

Entonces, para mayor sorpresa, se dio cuenta de que había un papel enrollado en el palo, sujeto con un hilo. Rompió éste, desplegó el papel y leyó un amenazador mensaje:

«Esto ha sido sólo un aviso. La próxima trampa no será tan fácil de descubrir, pero podrás evitarlo dejando de ver para siempre a Cleo Shapper».

* * *

Freddie Huxton, alias el Everest, entró jadeante en El Caldero de Alquitrán y trepó a la silla que ya le aguardaba. Beacham y los otros le contemplaron con expectación. Bud le ofreció una jarra de

cerveza. Huxton la despachó de un solo trago. Chasqueó la lengua y dijo:

—Ya está.

—Ya está, ¿qué?

—Ella no era ella, era «él».

—Un tipo disfrazado de mujer.

Sí. Cuando llegó al taller de Pete Langhorne, ya vestía ropas normales.

—El taller de Pete Langhorne —repitió Beacham.

—Exacto. El coche pasó inmediatamente a la sección de pintura.

—¿Cómo lo has averiguado, Freddie? —preguntó Randy.

—El encargado de la sección de pintura es amigo del hermano de la cuñada del tío de mi prima Rosalía. Sé que se extrañó mucho de que tuviera que pintar el coche de blanco marfil, porque lo había pintado rojo la víspera. Trató de protestar, pero Langhorne le preguntó si era que estaba descontento del empleo. Naturalmente, el encargado no quiso engrosar las filas de los parados y lo hizo pintar de blanco marfil.

—¿Sabes el nombre del tipo que vistió las ropas de mujer?

—No. El no lo sabe tampoco; ni siquiera le vio.

Beacham se puso en pie.

—Bueno, yo se lo preguntaré —decidió.

Patapalo le llamó desde el mostrador, enseñándole el teléfono.

—Eh, Zane, es la chica Shapper —dijo.

Beacham hizo un gesto negativo. Mack asintió:

—Lo siento, señorita; no ha venido hoy... Bueno, si le veo le daré su recado... ¿Mi pierna? ¿La buena o la de madera? Ah, la de madera... Me pica un poco; los gusanos de la carcoma que no paran... —Mack percibió una ruidosa carcajada al otro lado de la línea y rió también—. Es una broma que digo siempre a todo el que me pregunta por la pierna. De nada, señorita; encantado...

El joven se encaminó hacia la puerta. ¿Por qué diablos habían querido complicar a Cleo en el asesinato de Vardo?

Había transcurrido ya una semana y los informes que había traído Freddie era la primera pista que tenía, medianamente aceptable. Subió a su coche, arrancó y se encaminó al taller de Langhorne.

Veinte minutos más tarde, avistaba el objetivo. Estaba en una

zona relativamente solitaria, con casas arruinadas y solares llenos de basura. El taller era, relativamente, lo más limpio del sector.

Un coche había llegado antes que él. Estaba parado ante la puerta, con el morro encarado en dirección contraria a la suya. Un hombre salió del interior, limpiándose las manos con una bola de borra.

Repentinamente, sonaron varios disparos, muy rápidos. Beacham clavó el pie en el freno. A treinta metros de distancia, el hombre que salía del taller pareció que bailaba una danza extraña. Luego, bruscamente giró en redondo y se vino abajo de golpe. El otro coche arrancó violentamente, dejando nubes de humo azul de las ruedas que giraban a toda velocidad en la explanada de cemento. Beacham se agachó en su asiento. Miró con los ojos al borde de la ventanilla. Fue una visión fugaz, de décimas de segundo, pero pudo ver a un tipo de cara cuadrada al volante del otro coche. Tras él, iba un segundo individuo, seguramente el pistolero que había disparado contra...

—Langhorne —presintió.

Los operarios salían a tropel. Beacham se apeó.

—Hay que llamar a una ambulancia —gritó alguien.

—Mejor al forense —dijo otro, menos excitado.

Beacham se acercó al grupo.

—¿Era Langhorne?

—Sí —contestó alguien.

El joven hizo un gesto de pesar.

—¿Por qué lo han asesinado?

Un espeso silencio se hizo inmediatamente entre todos los mecánicos. Beacham comprendió en el acto que tenían miedo de hablar.

Volvió la cabeza. El tipo de la cara cuadrada... y el que viajaba detrás, un sujeto joven, al menos en apariencia, de pelo muy rubio, bien peinado y rostro delicado. Conservo los datos en la memoria; podían serle muy útiles.

* * *

—El tipo de la cara cuadrada es Red Ryan —informó Mike Mailer, alias *el Pluma*—. Trabaja para Ross Pemberton.

Beacham abrió los ojos.

—¿Pemberton se ha mezclado en este asunto?

—Así parece, Zane.

—Ese tipo toma parte en todo lo que le rinda un dólar —intervino Bud.

—Lo sé, pero nunca había entrado en cierta clase de juegos. Ella no tiene nada que ver con los tipos de la calaña de Pemberton.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Freddie.

—Hombre, salta a la vista.

—Conviene dudar de todo el mundo, hasta que desaparecen las causas de la duda —dijo Randy sentenciosamente.

—Maldita sea, ella no... —Beacham se frotó el mentón vigorosamente—. Está bien, hablaré con Pemberton.

—Será en otro momento —dijo Freddie—. Mira quién acaba de llegar.

Beacham volvió la cabeza. Cleo estaba en el umbral y agitó una mano amistosamente. Luego avanzó hacia la mesa, con la sonrisa en los labios.

Ella vestía solamente una blusa de manga corta, blanca, y pantalones azul oscuro. Beacham observó los dos relieves gemelos que abombaban la blusa, de firmes y perfectos contornos. Era una visión refrescante y confortadora, pensó, pero ¿tenía algo que ver con aquel sucio asunto, que ya había causado dos muertes?

—Hola a todos, chicos —saludó ella desenvueltamente—. ¿Hay una copa para el miembro número seis del club Los Pervertidos Sanguinarios?

Mack vino con una botella y un vaso.

—¿Qué tal, señorita Shapper?

—Me llamo Cleo, Mack —dijo ella.

—O. K., Cleo. Invita la casa —sonrió Patapalo.

—¡Qué tío! —se escandalizó Freddie—. Hace un siglo que somos clientes suyos y jamás nos ha perdonado el importe de un palillo de dientes, En cambio, a ti...

—Ella es una dama, cosa que tú no puedes decir —rezongó Mack.

—A ver si hemos estado confundidos hasta ahora y resulta que soy una mujer y yo mismo no me había dado cuenta —exclamó el Everest.

Cleo se echó a reír. Beacham puso algo de beber en su vaso y ella se mojó los labios.

—Zane, he venido a hablar contigo —dijo.

—¿Sucedé algo? —preguntó él.

La muchacha vaciló.

—Ellos son de absoluta confianza —añadió Beacham—. Habla sin miedo, Cleo.

—Está bien. Hay un hombre que me persigue.

—¡Caramba, estás en baja forma! —exclamó Randy—. Debieran perseguirte a millares... —No seas bruto— le apostrofó el joven. —Continúa, Cleo. ¿Por qué te sigue ese individuo?

—Pues...

Cleo se calló, apenas había hablado, con la vista fija en la puerta. Beacham miró en aquella dirección y divisó a un hombre joven, apuesto y bien vestido, que tenía los ojos puestos en la muchacha.

—¿Es aquél?

—Sí.

El joven descendió los escalones y se acercó a la mesa.

—Éste no es lugar adecuado para ti, Cleo —dijo fríamente—. Levántate y ven conmigo. La joven vaciló.

—Pero, Henry...

—Te he dado una orden —insistió el sujeto.

Beacham empezó a ponerse en pie.

—Cleo, antes de seguir adelante, creo que deberías hacer las presentaciones —dijo calmamente—. ¿Quién es este tipo que parece ser tu dueño y señor?

Muy agitada, Cleo movió la mano izquierda.

—Henry, el señor Beacham —dijo—. Zane, él es Henry Leathill, mi prometido.

CAPÍTULO V

Terriblemente disgustado, Beacham apuró el contenido del vaso que tenía frente a sí. Luego lanzó una maldición.

—Ese relamido individuo no estuvo cuando ella más lo necesitaba —dijo rabiosamente—. Debía haber estado presente durante el juicio, pero no ha dado señales de vida hasta hoy.

—Y ella, hay que ver, obedeció como una ovejita, sin rechistar... —recordó Bud.

—Aquí sucede algo raro —murmuró Mike.

—Salta a la vista —convino Randy. Se puso en pie—. Y yo voy a averiguarlo.

Beacham asintió. Randy Foreman poseía una inteligencia singularmente aguda. Era capaz de procesos deductivos, casi siempre desconcertantes, pero que, finalmente, acababan de resolver el enigma que les preocupaba en un momento dado.

—El tipo parece podrido de dinero —añadió Bud.

Beacham, muy fastidiado, se puso en pie.

—Estábamos hablando de Pemberton —dijo—. Voy a ver qué me cuenta.

—Zane, ¿quieres que lo hagamos nosotros?

—Ella se quejó de que un hombre la perseguía. Luego dijo que era su prometido. ¿Cómo se comprende esa contradicción? —murmuró el joven con aire pensativo.

—Debe de ser muy celoso —opinó Mike.

—¡Hum! —rezongó el joven—. Cenaremos juntos en mi casa —se despidió.

Media hora más tarde, dos sujetos le miraban con muy malos ojos. Beacham emitió una jovial sonrisa.

—Hola, chicos —saludó—. He venido en son de paz, no quiero

armar gresca. Sólo deseo charlar un momento con el jefe.

Una puerta se abrió en aquel momento. El hombre que apareció en el umbral era grueso, con doble papada y medio calvo. Sus ojos, sin embargo, parecían duros como el granito.

—Te he visto venir, Zane —dijo Ross Pemberton—. Entra.

—Gracias, Ross.

Beacham hizo un desenvuelto ademán dirigido a los dos esbirros y penetró en el lujoso despacho que sabía era el centro nervioso de las poco legales actividades de Pemberton.

—Empieza, Zane —invitó Pemberton, mientras llenaba dos copas.

—Busco a un tipo de cara cuadrada. Trabaja para ti, tengo entendido.

—Sin duda te refieres a Red Ryan.

—El mismo...

—Ya no trabaja para mí, y de eso hace meses. Lo despedí.

Pemberton le entregó un vaso. Sin probar siquiera su contenido, Beacham hizo una pregunta:

—¿Por qué?

Pemberton se echó a reír.

—Si fuese un funcionario, habría sido acusado de malversación de fondos públicos —contestó.

Entiendo. Era uno de tus «recaudadores» y hacía malabarismos con los billetes que debían ir a parar a tu saco.

—Exacto.

Pemberton tomó un trago y continuó:

—Mira, Zane, yo pago bien a mis muchachos. A cambio, exijo fidelidad y obediencia absolutas. El que no se porta bien... —Chasqueó los dedos—. Se acabó la buena vida para él.

—La vida, sin más.

—No, no soy de ésa clase de tipos, aunque te empeñes en pensar lo contrario. Si hubiese ordenado liquidar a Ryan, podría haberme visto metido en un lío de los gordos.

Preferí pagar una buena cuenta de hospital.

—Entonces, ¿quién es su patrón?

Pemberton encogió los hombros.

—Anda a salto de mata, aceptando trabajos que ningún hombre decente querría, ni aunque se muriese de hambre —contestó.

Beacham ocultó una sonrisa tras el vaso. Aquel sujeto hablaba de decencia, pensó. —Ryan guiaba el coche en el que iba el asesino de Langhorne— dijo. —He oído rumores, Zane.

—El que disparó era un sujeto joven, bastante guapo, de cara pálida, cabellos muy rubios, bien peinado.

—Tienes una vista excepcional. Dale gracias al Señor por ese don —respondió Pemberton.

—Conoces su nombre —dijo Beacham.

—No conozco el nombre ni su propietario.

—Hablaré con Ryan.

—Si lo encuentras...

—Descuida.

Beacham se encaminó hacia la puerta.

—Ah, había olvidado algo.

Pemberton le miró inquisitivamente.

—¿Sí?

—Patapalo ya tiene quien le proteja, y gratis, además.

El rostro del sujeto se puso purpúreo.

—Lo tendré en cuenta. Mis chicos lo tendrán en cuenta...

—¡Tú! —Beacham le apuntó con el índice—. Si alguno de tus chicos rompe siquiera un vaso desportillado en El Caldero de Alquitrán, vendré aquí y te retorceré como a un trapo mojado. Sólo que en vez de agua darás grasa.

Pasó a la antesala. Los dos esbirros le miraron con no disimulada hostilidad. Beacham los ignoró olímpicamente y salió a la calle.

* * *

La mujer estaba sentada ante el tocador, atusándose el cabello rojo como el fuego con la ayuda de un peine y un cepillo. Beacham estaba en un butacón, a sus espaldas, Ambos se contemplaban a través del espejo, que permitía al joven ver el hermoso pecho femenino, sin velos de ninguna clase. El peinador estaba abierto por delante y a ella parecía tenerle sin cuidado.

—De modo que estás, un montón de siglos sin verme y para una vez que vienes, quieres que te dé un «soplo» —se quejó Patsy Feldon.

—He tenido trabajo —se disculpó él.

Patsy rió estruendosamente.

—¿Trabajo? Yo ya sé lo que te sucede, muchacho. Ahora no quieres tratarte con los mendigos, así de sencillo.

—Estás equivocada. Los muchachos y yo nos vemos casi a diario.

—Bueno, son ellos, no yo.

—De acuerdo, te he tenido abandonada —admitió el joven—. Pero tú no habrás dejado enfriarse demasiado mi lado de la cama.

—Hombre, a veces... Una es débil... —rió ella cínicamente—. Bien, ¿qué diablos te pasa, Zane?

—Se llama Red Ryan.

Patsy se mordió el labio inferior.

—Sé quién es —contestó.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ah, eso ya es más difícil... Perdona un momento.

La mujer se levantó y caminó hasta el otro extremo de la habitación. Levantó el teléfono, marcó un número interior y esperó.

Alguien le contestó. Patsy escuchó atentamente.

—Gracias —dijo, cuando el otro hubo terminado—. Sam, no he mencionado ese nombre para nada. ¿Entendido?

Colgó el teléfono y se volvió hacia su visitante.

—Sé dónde puedes encontrar a Ryan —dijo.

—Gracias, encanto.

Beacham se puso en pie.

—Pero... —añadió la pelirroja, señalando con la mano hacia las cortinas de muselina morada que dividían la estancia en dos partes—. Ahora no puedes ir a ver a Ryan.

El joven sonrió.

—¿Es una orden?

—Un consejo, irresistible, supongo. —Patsy se le acercó, mimosa, y agarró su cabeza con las dos manos, bajándole el rostro hacia los senos cálidos, turgentes y perfumados—. ¿Verdad que no puedes resistir el consejo?

—Mujer, si te pones en ese plan...

Beacham se separó un poco, miró al techo y añadió:

—Resignación, muchacho. Los malos tragos, pasarlos pronto; es lo mejor.

Más tarde, ella encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

—No parece que haya sido un mal trago —comentó, maliciosamente.

—Todo lo contrario —admitió Beacham—. Estaba pensando si en algún momento estuvo aquí un tipo joven, guapo, de cara casi femenina, pelo muy rubio...

—¿Te refieres a Dan Paxton?

Ah, se llama así.

—Ése es su nombre, pero no te preocupes, no ha frecuentado mi lecho.

—Respiro aliviado.

—Tampoco usará la cama en la que haya una mujer.

—Vaya, tiene gustos especiales.

—Entre ellos, uno «superespecial».

—¿Cuál, Patsy?

—Es delicado como una damisela, pero rencoroso como un elefante. Y cuando alguien le paga bien, disfruta apretando el gatillo.

Beacham tomó nota del detalle.

—Lo entiendo perfectamente —dijo.

—Una o dos veces lo he visto con ropas de mujer. Engaña a cualquiera.

—Estoy seguro de ello. ¿Me dirá Ryan dónde puedo encontrarlo si no me lo dices tú?

—Pregúntaselo. Pero ten en cuenta que para Ryan la bondad significa romperle la mandíbula a un hombre.

—Vaya gentuza —refunfuñó el joven. Dejó el cigarrillo en un cenicero próximo y abandonó la cama—. Gracias por todo, reina.

—Eh, sólo ha sido el aperitivo...

—Los aperitivos me sientan fatal; me quitan las ganas de comer —contestó Beacham con todo desparpajo, mientras empezaba a vestirse.

Patsy se ladeó, puso un codo en la cama y apoyó la cabeza en la mano.

—A veces pienso si fue bueno lo que te sucedió hace un par de años —dijo.

—Yo no me quejo —rió él—. Además, te di una muestra de mi gratitud. Más de una vez me limpiaste las telarañas del estómago, es cierto; pero cuando llegó el momento de corresponder... No te

quejarás del local, supongo. Era lo que siempre deseaste, ¿verdad?

—Sí, es cierto —suspiró Patsy—. Pero de buena gana lo habría cambiado por lo que sabes.

—Lo siento. Sólo resultaría unos meses. Luego..., bien, tenemos unos caracteres muy distintos.

Beacham se puso la cazadora y caminó hacia la puerta.

—Pero, a pesar de todo, siempre tendré de ti el mejor recuerdo —se despidió.

* * *

Salía del tugurio, con dos copas de más y lleno de optimismo, cuando, de pronto, dos fuertes brazos tiraron de él hacia el callejón más cercano. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía. Red Ryan sintió que le tapaban la boca con una ancha tira de esparadrapo.

Dos tiras más unieron sus muñecas y tobillos, respectivamente. Luego se sintió izado en vilo, por media docena de manos, y vio que sus captores corrían a lo largo del callejón, finalmente, fue lanzado al interior de una furgoneta, cuyas puertas se cerraron apenas los otros estuvieron en el interior.

Ryan empezó a sentir pánico. Su conciencia no estaba demasiado tranquila y pensó en una piedra atada a sus pies y en un río de aguas sucias y fangosas. Dentro de la furgoneta había una oscuridad total, por lo que no podía ver los rostros de los sujetos que le habían capturado.

La furgoneta rodó a buena velocidad durante un espacio de tiempo que le resultó imposible de calcular. Al fin notó que entraban en un lugar cubierto.

El motor dejó de funcionar. Alguien abrió la portezuela trasera.

—Aquí está el pájaro —dijo un hombre.

Media docena de manos sacaron a Ryan y lo condujeron hasta situarlo al pie de una viga de hierro, que atravesaba el lugar de parte a parte. Otro le ató algo a las muñecas. Antes de que pudiera adivinar las intenciones de sus captores, Ryan se encontró izado a las alturas.

Por encima de él ronroneó un motor eléctrico. Ryan sintió que se movía y hacia su derecha y, casi de repente, se encontró con los

pies suspendidos a un palmo de un enorme caldero de agua hirviente.

La superficie del líquido burbujeaba y emitía espesas nubes de vapor. Ryan se aterró.

—Pero..., ¿qué diablos quieren hacer conmigo? —aulló, loco de pánico.

Beacham se situó frente al sujeto. Tenía que levantar la cabeza para mirarle.

—Red, tú conducías el coche en que iba un tipo llamado Dan Paxton, que fue el que disparó contra Langhorne. ¿Dónde está Paxton ahora?

—No lo sé...

—Red, no nos hagas perder el tiempo. Podemos cocerte los pies si te niegas a colaborar —dijo Beacham fríamente—. Si aun así insistes en seguir callado, te sumergiremos hasta los muslos. Y como no despegues los labios te herviremos en tu propio jugo. ¿Está claro? Ryan sudaba a chorros.

—Yo no sé dónde vive Paxton —contestó—. El me llamó por teléfono. Dijo que tuviera preparado un coche; me pagaría mil dólares por el trabajo... No quise alquilarlo, para no dejar rastros; hice el puente en uno que me pareció apropiado y... —Y él te ordenó ir al taller de Langhorne.

—Sí.

—Eso significa que sabías lo que iba a suceder.

Ryan calló.

—No es la primera vez que hace una cosa así, apostaría algo bueno —dijo Bud.

—Seguro —convino Beacham—. Bueno, Red, vamos a dar crédito a tus palabras...

—¡Es cierto! ¡Juro qué he dicho la verdad! —gritó Ryan a pleno pulmón.

—Muy bien, admitiremos que nos ha dicho la verdad. ¿Sabes cómo podríamos encontrar a Paxton?

—No... El nunca vive más de dos semanas en el mismo sitio...

—Es lo lógico es un asesino profesional —dijo Freddie.

—De todos modos, un tipo como Paxton ha de tener algún medio de que lo encuentren los que necesitan sus «servicios». Lo mejor que podemos hacer es desplegarlos y tratar de averiguarlo.

—Quieres saber por qué mataron a Longhorne, ¿eh? —sonrió Randy.

—No —contestó el joven, muy serio—. Quiero saber por qué trataron de culpar a Cleo de la muerte de Vardo Jones.

—Ah, eso sí es interesante —murmuró Mike—. Bueno, ¿qué hacemos con este pajarraco? ¿Lo cocemos y nos lo comemos esta noche o le soltamos?

Ni lo uno ni lo otro. Ahora le llevaréis a presencia de Mark Dorton y su hermano. Yo les llamaré por teléfono y ellos ya sabrán qué hacer con este indecente sujeto.

Beacham se encaminó hacia la puerta.

—Y luego iré a ver a Cleo, para que me cuente algunas cosas que ha tenido calladas hasta estos momentos —se despidió.

CAPÍTULO VI

La doncella volvió a la puerta y sonrió con simpatía al visitante.

—Lo siento, señor; la señorita no puede recibirle en estos momentos.

Beacham ocultó la decepción que le producía la respuesta.

—Bueno, al menos, pregúntele cuándo podrá recibirme.

—Sí, señor.

La doncella se marchó y regresó muy pronto.

—La señorita dice que no puede darle fecha fija. Ya le llamará a usted por teléfono, señor.

Beacham se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera decir algo, la puerta se había cerrado ya, dejándolo sumido en un total desconcierto.

Pero no tardó en recobrase. Miró a derecha e izquierda, y sonrió muy pronto, porque había hallado la solución. El acceso a la casa se hacía por medio de una escalinata semicircular de seis peldaños, un estilo arquitectónico que había tenido cierto éxito en los años treinta. Sobre la puerta, una marquesina, también en semicírculo, en voladizo, protegía el acceso.

Beacham se sentó en el tercer peldaño, pero ya junto a la pared, La casa, pensó, era ahora horrible. Su única ventaja, aparte de proporcionar cobijo a sus moradores, era el excelente emplazamiento en que se hallaba edificada.

—El solar vale ahora una porrada de millones —murmuró, mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

Hora y media más tarde, sintió que se abría la puerta. Dos personas salieron al rellano.

—Te llamaré mañana —dijo el hombre.

—Como quieras, Henry —respondió Cleo.

—Es preciso que fijemos la fecha. No podemos retrasarlo ya por más tiempo, cariño.

—Sí, Henry.

Sumido en las sombras, vio que Leathill se disponía a besar a la muchacha. En el último instante, ella apartó los labios y recibió la caricia de su prometido en la mejilla derecha. —No serás tan esquiva cuando nos hayamos casado— rió Leathill, a la vez que descendía los escalones de dos en dos.

Leathill cruzó el jardín y salió a la calle, para entrar en su coche, estacionado junto a la acera. Cuando el automóvil arrancó, Cleo se dispuso a entrar en la casa.

—Si yo fuese tu prometido, te pediría explicaciones acerca de tu frialdad —oyó una voz procedente de las sombras—. En lugar de hacer planes para la boda, parece que hayáis estado haciendo los preparativos para un funeral.

Cleo se volvió instantáneamente.

—¡Zane! ¿Qué haces aquí? —exclamó.

—Ya ves, esperando a que se marchase tu prometido, para hablar contigo —contestó a la vez que se ponía en pie—. Zane, por favor, déjame.

Beacham llegó al rellano, se apoderó del brazo de la muchacha y la empujó suavemente hacia dentro.

—Cleo, tú estás en un apuro y yo quiero ayudarte —dijo con acento persuasivo—. Fuiste a verme a El Caldero de Alquitrán, diciendo que te perseguía un hombre, lo ves, dices que es él y luego resulta tu prometido. ¿Qué jaleos te traes entre manos, eh?

—Zane, por favor, no me obligues...

El joven captó de inmediato la expresión de angustia que se reflejaba en el hermoso rostro de Cleo. En aquel instante apareció la doncella.

—Señorita... Oh —dijo al ver a Beacham—. No sabía que tuviera visita...

—He tenido paciencia de aguardar —explicó Beacham con brillante sonrisa—. Polly, haga el favor de traer café a la salita.

—Bien, señor, pero me llamo Molly, —contestó la doncella, sonriendo maliciosamente.

—Bueno, sólo es una letra...

Beacham no había soltado aún el brazo de Cleo. Llegaron a la

salita, encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de la muchacha.

—Quiero ayudarte —insistió—. Puede que creas que las cosas están muy mal para ti, pero no hay nada que no se pueda remediar en este mundo. Vamos, sé sincera... Repentinamente. Cleo se puso a llorar. Molly entró momentos después y se quedó pasmada.

—Cielos, ¿qué te pasa a la señorita?

—Nada —contestó Beacham—. Traiga una botella de coñac, por favor.

—Si, señor, al momento.

El joven puso unas gotas de coñac en la taza de Cleo. Ella tomó unos sorbos y pareció sentirse un poco mejor. Beacham la contemplaba, sonriendo amistosamente.

—Cuando estabas en apuros con Vardo Jones, te di un consejo y lo aceptaste, por lo que te libraste de un compromiso nada agradable —dijo—. Ahora podría hacer lo mismo, pero es que desconozco por completo tu problema. Si no eres sincera conmigo, no podremos hacer nada.

Cleo asintió. Inspiró un par de veces y empezó a hablar. Cuando terminó, Beacham se quedó atónito. —No es posible— dijo.

Ella se levantó, fue a un escritorio de persiana, abrió un cajón, sacó una carta y se la entregó al joven.

—Aquí tienes la prueba —exclamó.

Beacham leyó la carta en silencio. Después, se mordió los labios con actitud pensativa.

—Pero... no comprendo qué relación hay entre la persecución que alegas y tu prometido...

—Estaba equivocada. Durante un par de días, un tipo misterioso me estuvo siguiendo a todas partes. Cuando fui a la taberna de Mack, también me siguió; entonces, al ver entrar a Henry, creí que era mi perseguidor en el primer momento.

—De todas modos, no parece muy contenía de casarte con Henry, ¿verdad? —No— contestó Cleo bajando la cabeza. —Pero ya te he dicho los motivos. Además, Henry es un hombre excelente...

—Eso no basta para un matrimonio —refunfuñó él—. Claro que el amor puede surgir con la convivencia, pero siempre es un riesgo casarse con un hombre al que no se ama sinceramente. Bueno, Cleo, vamos a ver si solucionamos este problema. Por el momento, que

todo siga como hasta ahora, excepto que no debes decir a Henry una sola palabra de lo que hemos hablado.

—Zane, a pesar de todo, tengo confianza en él.

—¿Sí? ¿Por qué no vino a ayudarte al juicio, eh?

—Estaba muy ocupado en sus negocios.

—¡Hum! —dudó Beacham—. Puede que sea cierto..., pero yo lo habría abandonado todo para ir al encuentro de mi futura esposa. Aunque ya se supone que hay tipos con genios muy especiales.

Dobló la carta y se la guardó en el bolsillo.

—¿No sabes dónde está ahora? —preguntó.

—No. No ha querido decírmelo; tiene miedo, compréndelo...

—Me gustaría hablar con él y escuchar su punto de vista. Lo que dice la carta, a fin de cuentas, es el punto de vista ajeno.

Se levantó y fue hacia la puerta y puso la mano en el pomo, a la vez que le dirigía una ancha sonrisa a la joven.

—¡Animo, Cleo! ¡La banda de los Pervertidos Sanguinarios te sacará de este apuro! —exclamó.

Ella sonrió a través de las lágrimas que inundaban sus bellos ojos. De repente, se sintió esperanzada.

Molly entró momentos después para retirar el servicio de café.

—La señorita me perdonará que me meta en asuntos que no me conciernen, pero pienso que el señor Beacham es mil veces más hombre que el prometido de la señorita, aunque el señor Beacham sea un pobretón. Pero es que el dinero no lo es todo, señorita...

Cleo asintió.

—Sin embargo, tengo que casarme con Henry —suspiró.

* * *

—Ése es el problema de la chica —dijo Beacham al día siguiente, reunido con sus compinches, en su propia casa—. Y tenemos que solucionarlo.

Faltaba Freddie, quien no había llegado todavía. Mike abrió una lata de cerveza y tomó un sorbo con aire pensativo.

—Entonces, lo de su muerte era una historia...

—Ella lo creyó así, hasta que recibió la carta —dijo Beacham.

—Y el prometido si lo sabía.

—Se enteró también más tarde, pero antes que Cleo. Leathill no

cree en la versión de los que han obligado al viejo a esconderse, pero, claro, por precaución, tampoco quiere divulgar la noticia...

Randy se rascó la mejilla pensativamente con el pulgar.

—Zane —dijo—, a fin de cuentas, nosotros tenemos cierta experiencia en esta clase de asuntos. ¿Por qué no hacemos una exploración por nuestra cuenta?

—El país es muy grande —replicó Beacham.

—Sí, pero él sólo puede estar escondido en alguna parte muy cercana a la mina, me parece.

—Pienso que Randy puede tener razón —terció Mike—. Aquel lugar es el más adecuado para que una persona pueda esconderse durante años.

—Y, a fin de cuentas, puesto que no tenemos nada que hacer, podríamos viajar hasta allí —propuso Bud.

—Mark tiene siempre listo el avión —dijo Randy.

—Hombre, por cierto, ahora que mencionas a Mark. ¿Hizo lo que le pedimos con Ryan?

Randy soltó una estentórea carcajada.

—Yo volé con ellos —contestó—. Tendrías que haber visto la cara que puso Ryan cuando lo lanzamos en paracaídas sobre aquella zona completamente deshabitada.

—Espero que eso le cure su afición de guiar automóviles para asesinos profesionales —dijo Beacham duramente.

Y, en aquel instante, sonó un extraño zumbido, que se repitió dos veces más. Beacham se levantó, fue a la pared, apretó una tecla y luego esperó a que la puerta se abriese. Freddie entró, saludando con la mano.

—Traigo noticias, chicos —dijo alegremente—. Zane, ya puedes conectar el seguro.

—Está bien —contestó Beacham—. ¿Cuáles son las noticias?

—He localizado a Paxton. Se mudó hace tres días, de modo que permanecerá en el mismo sitio *diez* o doce días más.

—Magnífico. Dame la dirección, iré a verle ahora mismo.

Freddie abrió la boca, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, una lámpara roja, situada sobre el dintel, empezó a encenderse y apagarse rápidamente, con rápidas alternativas.

—Cuidado —dijo Beacham—. Viene alguien.

Las cortinas de las ventanas estaban corridas, por lo que no salía

el menor rayo de *luz* al exterior Beacham hizo un gesto y Mike apagó todas las lámparas.

El silencio se hizo en la estancia. Beacham se acercó de puntillas a una de las ventanas y corrió ligeramente las cortinas.

Dos hombres avanzaban cautelosamente hacia la casa. Uno de ellos era portador de un extraño bulto, que sostenía con ambas manos.

Los intrusos avanzaron una docena de pasos. Súbitamente, se oyó un rugido pavoroso.

—Rayos, ¿qué es eso?

—Parece... un león.

—¿Un león? ¿Aquí? ¿Suelto?

El rugido sonó terrorífico. Luego se oyeron fuertes chasquidos de mandíbulas.

—Vámonos —dijo uno de los dos individuos—. Yo no me acerco a esa casa aunque me paguen un millón de dólares...

El rugido sonó aún más cerca. Los dos sujetos, despavoridos, dieron media vuelta e intentaron escapar a la carrera. El que llevaba el paquete en las manos tropezó inesperadamente con un adorno del sendero y empezó a caer hacia adelante.

El instinto le hizo soltar el paquete, para parar el golpe de la caída con las manos. Pero también se dio cuenta de la inminente catástrofe.

Un horrible alarido brotó de su garganta, pero casi en el acto, el suelo erupió en un fenomenal volcán rojo, seguido de una atronadora explosión.

Beacham vio dos cuerpos humanos que saltaban por los aires hechos pedazos. La onda expansiva llegó rugiente a la casa y destrozó los cristales de las ventanas.

Beacham había visto el fogonazo y se retiró de su observatorio, apenas una fracción de segundo más tarde, por lo que evitó ser herido por los trozos de cristal que volaron a causa de la explosión. Entre sus amigos se produjo cierta confusión, pero reaccionaron muy pronto.

—¡Dios de Abraham! —exclamó Bud—. ¿Qué ha sido eso?

Un humo denso, picante, se esparcía desagradablemente por el jardín. Beacham contempló un cuerpo desventrado, que yacía a pocos pasos de la casa y meneó la cabeza.

—Alguien quería dejarnos un regalito y le explotó en las mismas narices —contestó.

Reaccionando echó a correr hacia la parte posterior.

—Bueno, yo me voy a hablar con Paxton —añadió—. Vosotros os las entenderéis con la policía.

—¡Eh, aguarda! —gritó Freddie—. Todavía no te he dicho dónde vive el sujeto.

—Pues es verdad —sonrió el joven.

CAPÍTULO VII

Llegó a la puerta indicada por Freddie y aplicó el oído a la madera durante algunos segundos. Al otro lado no se percibía el menor sonido.

Quizá Paxton había salido, se dijo. Bien aguardaría su regreso. Había ido a su casa a interrogarle y no se marcharía sin saber lo que tanto le interesaba.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto largo, delgado y plano, con el que hurgó durante unos momentos en la cerradura. Al cabo de varias intenciones, oyó el satisfactorio chasquido que le indicaba estaba el paso abierto.

Hizo girar el pomo lentamente y empujó la puerta. Al otro lado había solamente oscuridad. Avanzó un paso cautelosamente y entonces fue cuando oyó una voz suave, de tonos insidiosos.

—Bien venido, Zane Beacham.

El joven se puso rígido. Acababa de dejar un pasillo escasamente iluminado y la luz que llegaba por sus espaldas no era suficiente para disipar las tinieblas del apartamento.

—¿Paxton? —dijo, mientras trataba de localizar al sujeto por la voz.

—El mismo. Sabía que iba a venir a verme —contestó el asesino.

—Es usted un vidente, no cabe duda. ¿Podemos hablar?

—No. Beacham, le estoy apuntando con una pistola. Voy a matarle.

El joven sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

No podía ver a su interlocutor y éste, era de suponer, le divisaba perfectamente.

—Eso significa que me tiene miedo —dijo.

—Lo admito. No puedo consentir que siga quitándome el sueño.

—Y por eso me va a quitar de en medio, como hizo con Jones y con Langhorne.

—El primero se lo merecía. En cuanto al segundo.

—No siga, se lo merecía también —rió Beacham—. ¿No le gustó la forma en que había pintado el descapotable?

—Pidió un precio primero y se le pagó. Luego quiso más. Hay que acostumbrarse a respetar la palabra dada.

—Indudablemente. Un hombre que no respeta su palabra, no tiene porvenir en esta vida —filosofó Beacham—. Pero ¿por qué merecía Vardo morir?

—Hizo algo que no debía, eso es todo.

—Paxton, ¿quién le pagó por matarlo?

—Eso no es cosa que le importe. Usted está ya muerto, Beacham.

—Un muerto que habla, ¿eh?

—Le quedan sólo unos segundos para guardar silencio definitivamente.

Beacham apretó los labios. Ahora ya podía ver un poco más. Frente a él, a unos cuantos pasos de distancia, veía una silueta, con un objeto brillante en la mano izquierda. ¿Era zurdo el asesino?, se preguntó.

A su derecha había una consola con un jarrón. De súbito saltó a un lado y asió el jarrón, justo en el instante en que veía brillar ante él un pálido y silencioso fogonazo.

La bala se hundió con sordo chasquido en la jamba de la puerta. Al mismo tiempo, el jarrón voló por los aires, pero no hacia la silueta, sino hacia un punto situado un par de metros a su izquierda.

Se oyó un grito de dolor y de rabia, mientras el jarrón estallaba en mil pedazos. La pistola disparó de nuevo, pero Beacham ya se había tirado al suelo detrás de un sillón de grueso tapizado.

Paxton maldijo:

—Beacham, ¿dónde está?

El joven no contestó. Sin hacer el menor ruido, se arrastró hacia el diván que estaba un poco más allá del sillón. Entre los dos muebles había una mesita, sobre la que divisó un cenicero.

Paxton disparó tres veces en rápida sucesión, moviendo el arma en abanico.

—Maldita sea, Beacham... ¡Contésteme!

Beacham guardó silencio. Paxton estaba nervioso. Lo había preparado todo muy bien, pero el fallo de sus planes le había desconcertado.

De pronto, se oyeron unos chasquidos. Beacham adivinó lo que sucedía:

Paxton estaba poniendo un cargador de repuesto en la pistola. El ruido del cerrojo al moverse hacia atrás y adelante rápidamente llegó sin dificultad a sus tímpanos.

Entonces, agarró el cenicero y lo lanzó casi como si fuese un disco deportivo. En el último instante, hizo algo de ruido y Paxton saltó a un lado, esquivando el proyectil, que fue a estrellarse contra una gran lámina de vidrio. La rotura de la misma produjo un tremendo estrépito.

Paxton corrió hacia la puerta, disparando al mismo tiempo. Cuando llegó al umbral, se detuvo un instante.

—¡Maldita sea! —Gruñó—. ¿Cómo lo adivinó, Beacham?

—Vi su silueta. Usted tenía la pistola en la mano izquierda. Pero disparó con la derecha contra Langhorne. Por tanto, la silueta que yo estaba viendo solo podía proceder de un espejo, idea que se le ocurrió, en prevención de que yo pudiera venir armado.

—¿Por qué no me ha disparado? —rugió el asesino.

—Tal vez es porque prefiero hablar con usted —respondió Beacham—. Pero ¿no se ha dado cuenta de que ahora está usted a contraluz y que a mí no puede verme? ¿No se imagina el calibre del revólver que le está encañonando las tripas?

Paxton lanzó un grito de pánico y saltó hacia la puerta, que cerró de golpe, antes de que el joven pudiera hacer nada. Beacham se puso en pie, lanzando un suspiro de alivio.

No llevaba armas, no le gustaba, pero el farol le había salido bien. Sin embargo, se sentía decepcionado, puesto que Paxton no sólo había conseguido escapar, sino que no había dicho nada que pudiera ser de utilidad.

Cuando estuvo seguro de que ya no tendría problemas, encendió la luz. Los restos del espejo yacían junto a la puerta del dormitorio, tras la cual se había apostado Paxton. Un tipo muy astuto, pensó. Sería cosa de tenerle en cuenta para lo sucesivo.

Casi por satisfacerse a sí mismo, registró el apartamento. Era de serie, con muebles también de serie, una vivienda completamente

impersonal. Pero en el equipaje de Paxton encontró algo que le pareció podría tener cierto interés: el resguardo de un equipaje, depositado en la consigna de la estación de ferrocarril del Union Pacific.

Se metió la cartulina en el bolsillo, apagó las luces, abrió la puerta y, viendo que el pasillo estaba desierto, abandonó el apartamento.

—Volveremos a vernos, Paxton —dijo a media voz.

* * *

Randy *el Pluma* llegó con una enorme maleta y la depositó sobre la mesa. El mueble crujió amenazadoramente.

—¡Demonios! —exclamó Beacham—. ¿Qué traes ahí? ¿Lingotes de plomo?

—A juzgar por lo que pesa esta maldita maleta, eso es lo que debe contener —respondió Randy—. ¿Hay cerveza en el frigorífico?

—Desde luego.

Randy se alejó. Bud y Mike llegaron, vestidos con pantalones de peto. Freddie asomó la cabeza.

—¿Ya ha vuelto Randy?

—Sí —contestó Beacham.

Freddie dejó las herramientas en el suelo. Con los otros dos, se ocupaba de reponer los cristales rotos por la explosión.

—De modo que eso es lo que tenía Paxton en la consigna de la estación —dijo Bud.

—Así es. Una maleta. Lógico por otra parte, ¿no? —contestó Beacham.

Randy vino con una bandeja llena de latas de cerveza.

—¿No la abres? —preguntó, mientras servía a sus amigos.

—¡Hum! —dudó el joven.

—¿Sospechas que haya una trampa explosiva?

—No acabo de fiarme del todo, Randy.

—A ver —dijo Bud—. Yo la examinaré...

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Cinco pares de ojos se volvieron hacia la entrada.

La llamada se repitió. Beacham se separó de la puerta. Pero, en el mismo instante, alguien apartó las cortinas de la ventana más

próxima y lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¿No hay nadie en la casa? ¡Cielos! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué estáis sin cristales?

—¡Cleo! —dijo Beacham.

Corrió a abrir. La muchacha entró, fresca y lozana, vestida con un trajecito de cuadros blancos y amarillos, de manga corta y cuello, cerrado.

—Un encanto —suspiró Randy.

—Una princesa auténtica —alabó Mike.

Ella se ruborizó.

—Me alegro mucho de veros a todos juntos —declaró—. ¿Ha ocurrido algo malo? —Anoche quisieron ponernos una bomba. Les explotó en las manos y la onda nos rompió todos los cristales— explicó el joven. —Por eso estamos con trajes de faena— sonrió Mike Los ojos de la joven expresaban horror y pánico.

—¿Una bomba? —repitió.

—Sí, algo así como un kilo de dinamita —contestó Beacham—. Pero les asusté con la grabación de un león en la selva, echaron a correr...

—Me tiemblan las piernas —confesó Cleo.

Freddie corrió a ofrecerle una silla.

—Siéntate, duquesa.

—Gracias, encanto. —Cleo miró a Beacham—. Zane, he venido a decirte algo.

—Oh, muy bien. Cuando gustes —invitó él.

—He preferido venir a verte en persona... Voy a pasar el fin de semana con Henry. Te lo digo para que no te extrañe mi ausencia, si acaso se te ocurría llamarme por teléfono o venir a mi casa.

Beacham ladeó la cabeza.

—¿Un fin de semana? ¿Dónde?

—En *Dry Range*.

—Apostaría algo a que no vas allí muy a gusto que digamos.

Cleo vaciló. Beacham vio aprensión en sus bellos ojos.

—Tengo que ir —contestó.

—Está bien, Cleo, la decisión es tuya. Volverás el lunes, supongo.

—Sí. Te llamaré apenas regrese...

—A esta chica le pasa algo nada bueno —intervino Randy—.

¿Por qué no la ayudamos?

—Ya lo estamos haciendo —contestó Beacham malhumoradamente.

—Zane, no te enfades. Tú sabes que tengo que hacerlo, no me queda otro remedio —dijo ella.

Inspiró con fuerza y añadió:

—Pero cerraré con llave la puerta de mi dormitorio.

Beacham sonrió.

—Eres una chica maravillosa, Cleo. No dejes de llamarme apenas hayas regresado.

Puede que tenga noticias muy interesantes para ti.

—¿De veras? —dijo ella ansiosamente.

—Es probable. De todas formas, ahora no puedo adelantarte nada.

Freddie llegó de pronto, con una bandeja en las manos.

—Hablar, hablar, hablar... —refunfuñó—. Nadie se ocupa de la princesa... Tómate esta taza de café, encanto.

Cleo sonrió.

—Eres un tipo estupendo. Gracias, Freddie.

El enano adelantó la cabeza.

—Te permito que me beses en la frente —dijo.

Cleo rió argentinamente. La tensión pareció relajarse.

—¿Qué es eso? —preguntó ella súbitamente, señalando la maleta que estaba encima de la mesa.

—Oh... Es algo que una persona olvidó en la consigna de la estación ferroviaria —contestó Beacham—. Ahora, precisamente, íbamos a ver qué contiene...

—No hay explosivos —dictaminó Bud.

—Muy bien, entonces, abre.

Bud soltó las presillas, levantó la tapa y todos los presentes pudieron ver el montón de pedruscos que contenía la maleta.

CAPÍTULO VIII

Al cabo de unos segundos de silencio, Beacham cogió una de las piedras y la examinó con gran atención. Cleo pudo apreciar ciertas estrías de color verde y dorado que aparecían en la superficie del pedrusco. De pronto, creyó que se quedaba sin aliento.

—Zane, ¿es eso lo que pienso que es? —preguntó.

—No lo sé —respondió el joven—. Tendríamos que hacer un análisis...

—Envíalo a un analista. Yo conozco uno muy bueno y de toda confianza. En tiempos, trabajó para nosotros y sé que se puede dar crédito absoluto a sus dictámenes.

—No será necesario. Basta ver la piedra, para saber qué contiene —dijo Beacham.

—¿De veras?

El joven asintió.

—Lo que no me explico es cómo tenía Paxton esta maleta —murmuró pensativamente—. No parece ser de la clase de tipos a los que les preocupen mucho los minerales... pero, bueno, tampoco importa demasiado. ¿Quieres que te acompañe hasta casa, Cleo?

—He venido en mi coche —dijo ella.

—Volveré en un taxi, no te preocupes. —Beacham se volvió hacia sus amigos—. Mientras ellos continúan reponiendo los cristales, tú, Randy, podrías ocuparte de comprar el equipo de análisis —indicó.

—Sí, es una buena idea —convino el aludido.

Beacham empujó a la muchacha hacia la puerta.

—Te tengo simpatía —dijo, cuando ya estaban en el coche—. Por eso no quiero que te pase nada. Pero si sabes algo más, debieras contármelo, aunque sea algo de lo que tengas que avergonzarte.

—No, Zane —respondió ella—. Lo sabes todo, incluido lo que hice durante dos largos años. Me encontré en una situación especial y dueña de una enorme fortuna. Creo que perdí la cabeza al verme con tanto dinero...

—¿Has recobrado la cordura? —sonrió él.

—Sí, y no es precisamente por lo que me ha sucedido después de conocerte a ti. No podía seguir viviendo de esa forma, no es mi carácter. Me gustaba, lo admito. Dinero, joyas, vestidos, un yate, coches de lujo, amigos y admiradores...

—Son los parásitos que revolotean en torno a una figura con dinero —dijo Beacham—. Apuesto a que después de lo ocurrido, nadie te ha llamado siquiera por teléfono.

Cleo hizo un movimiento afirmativo.

—Ganarías la apuesta —contestó.

—No lo lamentes. Un amigo debe serlo en todas las circunstancias, prósperas y adversas. El que sólo nos tiene afecto en la prosperidad, no es un amigo.

—Ahora lo veo claro —suspiró ella—. Zane, ¿crees que todo se resolverá bien?

—Puedes tener la seguridad de que muy pronto se acabarán tus tribulaciones —contestó el joven con voz llena de firmeza.

Cleo le respondió desde la escalera que accedía a su casa. Beacham, en la acera, agitó la mano. Luego montó en el taxi que había detenido y le indicó la dirección de su casa.

—Ésa es la clase de hombres que me receta el médico, señorita —dijo Molly, que estaba junto a la entrada, a la vez que lanzaba un profundo suspiro.

Cleo se echó a reír.

—¿Lo crees así, Molly?

—Sí, señorita, y tendrá que permitirme que le diga que si yo estuviese en el sitio de la señorita, mandaría al diablo a mi prometido y me iría con el señor Beacham, aunque fuese al otro lado del mundo. Ya sé que no tiene dinero, pero sí algo que vale más que todos los tesoros del mundo.

—¡Molly! —se asombró la muchacha.

—Tenía que decírselo, señorita —respondió la doncella—. Y ahora, si quiere, puede despedirme...

Cleo sonrió.

—¿Despedirte? Todo lo contrario. A partir de ahora, cobrarás cincuenta dólares más todas las semanas, Molly.

* * *

Randy terminó la última prueba y levantó el papel en el que se divisaban unos granitos de mineral finamente molidos. Beacham y los otros le contemplaban con gran expectación.

—No hay duda —dijo Randy—. Los análisis no mienten.

Beacham se acarició el mentón pensativamente.

—¿Cuál es la proporción exacta, Randy? —preguntó—. Cero coma cuarenta y cinco por mil, Zane. —En números redondos, dieciséis onzas.

—Sí, muy aproximadamente.

—Lo que significa...

—Alrededor de nueve mil quinientos dólares por tonelada de mineral.

Beacham tocó con el índice uno de los pedruscos.

—¿Cuánto crees que han gastado aquí? —preguntó.

—Habrá más muestras. Probablemente, tendrán «bañado» todo un sector de la mina. Quizá tres o cuatro kilos. Pero no les importará haber gastado cien mil, para obtener un beneficio cien veces mayor.

El joven movió la cabeza.

—Es como sembrar un grano de trigo para obtener una docena de espigas —contestó—. Muy bien —prosiguió—, creo que es hora de ponernos en campaña. ¡Bud! Bud se llevó la mano a la sien.

—¿Señor?

—Tienes que ir a hablar con los hermanos Dorton. Que preparen el avión para mañana por la noche sin falta.

—Iremos un poco apretados...

—Yo no me refiero al «jet» de ejecutivos, sino al de carga, el DC3. Así habrá espacio suficiente para nosotros y el equipo. —Zane, nos verán llegar— objetó Mike.

—De la forma en que pienso viajar hasta allí, no —contradijo Beacham—. Escuchadme unos momentos...

Cuando terminó, miró a sus amigos uno por uno. Freddie fue el primero en asentir.

—Me pregunto si no los habrá a mi medida. Yo peso escasamente cuarenta kilos... —Te pondremos una mochila con lastre de veinte kilos— sonrió el joven. —Bueno, veo que no hay más objeciones, así que manos a la obra.

Beacham se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas tú? —preguntó Mike.

El joven se volvió y sonrió.

—A hacer una visita, cuyos resultados espero sean suma mente fructíferos —contestó.

* * *

De pronto se dio cuenta de que le seguían.

Miró por el retrovisor. Aquel coche de color gris plomo...

Para confirmar sus sospechas, se metió por la primera calle que te salió a su derecha. El automóvil gris hizo la misma maniobra.

—Muy bien —dijo entre dientes—, ahora vas a saber qué es bueno.

Momentos después, regresaba a la avenida Mientras se hallaba en zona urbana, condujo con exquisita prudencia, a fin de no sufrir inconvenientes con algún policía. Pero no tardó mucho en alcanzar la autopista de salida.

Aceleró gradualmente. El coche gris se mantuvo, pertinaz, a la misma distancia. Ahora iban a noventa kilómetros por hora. Había muy poco tránsito y, en un espacio relativamente despejado, se fue hacia el carril de la derecha y pisó el freno a fondo.

El otro conductor se dio cuenta demasiado tarde de la maniobra y le rebasó. Beacham sonrió, mientras, tranquilamente, acometía un carril de salida. En el coche gris viajaban dos sujetos, apreció sin dificultad.

El conductor del coche gris retrocedió violentamente. Otro coche venía lanzado detrás de él y tuvo que desviarse para no chocar. Su conductor tocó la bocina y te insultó atrocemente. Se oyeron más bocinazos de protesta, pero, al fin, el coche gris alcanzó la salida y su conductor lo lanzó de nuevo en persecución del joven.

Beacham lo vio un par de minutos más tarde. Torció el gesto.

—Me estáis buscando las cosquillas y lo vais a lamentar —gruñó. Un cuarto de hora más tarde, su coche acometió una serie de

rampas y curvas en la carretera que bordeaba las laderas de las colinas. Beacham seguía mirando hacia atrás con frecuencia.

De repente, vio que el coche gris se situaba a su altura. El hombre que iba con el conductor te apuntó con una pistola.

Beacham frenó instantáneamente. Los dos primeros disparos pasaron inofensivamente por encima del morro del coche. El conductor del otro automóvil empezó a frenar también.

Pero ya había rebasado con creces a Beacham. El joven viró a la izquierda después del frenazo e, inmediatamente, pisó a fondo el pedal del gas.

El automóvil saltó hacia adelante, como un caballo en una carrera de obstáculos. Su morro alcanzó el coche gris. Beacham hundió totalmente el acelerador.

El conductor del coche gris intentó frenar desesperadamente, pero ya era tarde. En el último momento, incluso, consiguió virar ceñidamente para mantener el vehículo en la carretera. Sin embargo, ya tenía dos ruedas fuera del camino.

Beacham frenó en seco. Las cuatro ruedas se arrastraron por el suelo, levantando enormes chorros de tierra, gravilla y polvo. El juego de ruedas delanteras quedó justo al final del camino, sobre el barranco que tenía más de cien metros de profundidad.

Por la empinada ladera, descendía el otro coche, lanzando a lo alto diversos trozos de su estructura. El techo se abrió por completo y un hombre se elevó, con los brazos extendidos, como si quisiera escapar volando a su terrible destino. Pero volvió a caer y rodó, hecho un ovillo de brazos y piernas que se agitaban macabramente.

El catastrófico viaje del coche gris terminó en el pedregoso fondo del barranco, por el que corría un exiguo hilo de líquido. Beacham, en pie junto al borde del camino, con las manos en los costados, presenció el final de la tragedia.

—Ganar dinero mediante el asesinato no siempre resulta rentable —murmuró.

No sentía el menor remordimiento por la suerte de aquellos desgraciados. Había intentado matarle y su fracaso les había costado la vida a ellos.

—Era un juego peligroso —dijo—. Y en ésa ciase de juegos, el que pierde sólo puede pagar de una forma.

Dio media vuelta y volvió su coche. La carretera estaba desierta.

Nadie había presenciado el accidente. Hizo girar la llave de contacto, arrancó y continuó tranquilamente su camino.

* * *

El hombre, alto, robusto, con cierta tendencia ya a la obesidad, frunció el ceño cuando Beacham le hubo hecho la narración de ciertos hechos.

—¿Estás seguro, muchacho? —preguntó.

—Sí, señor, absolutamente seguro. Creo que usted reconoce la reputación de Randolph Summers Foreman. Hay pocos mejores que él en su especialidad —contestó Beacham.

Etham P. Grimsby asintió pesadamente. Fue hacia una consola, destapó una botella y puso *whisky* en sendos vasos, uno de los cuales fue a parar a la mano del joven.

—Zane, aprecié mucho a tu padre y sentí verdaderamente su prematura muerte —dijo al fin—. El se sentía terriblemente orgulloso de ti y sé que te inculcó, sobre todas las demás, la virtud de la sinceridad. Pero me pregunto si no estarás dejándote arrastrar por ciertos impulsos en los que el instinto tiene una proporción muy superior al raciocinio frío y lógico, como se necesita en estas circunstancias.

—Comprendo lo que piensa, señor, y lo encuentro muy natural. Sin embargo, y aun concediendo un razonable margen de error al asunto, tengo la seguridad de que todo es como le he dicho.

—Muy bien —convino Grimsby—. Admitámoslo. ¿Qué es lo que deseas por fin?

—Simplemente, que no se comprometa hasta el lunes próximo, señor.

—Las muestras que me han enseñado son excelentes. El certificado del analista irreprochable. Lo mismo sucede con William G. Raynor, con quien he hablado hoy mismo por teléfono. Y la semana próxima, esto es, el lunes que me das de plazo, Henderson recibirá una propuesta análoga. Supongo que conoces la reputación de esos dos hombres.

—La conozco, pero también sé que en este mundo todos estamos propensos a sufrir errores, señor —contestó Beacham.

Grimsby tomó un sorbo de *whisky*.

—Muy bien —dijo al cabo—. Aplazo mi decisión hasta el lunes. Pero sólo hasta las doce del mediodía. Si para esas horas no he tenido noticias tuyas, pondré mi firma en el contrato. Y lo mismo harán Raynor y Henderson Beacham se puso en pie.

—Tendrá noticias antes de las doce del mediodía del lunes —afirmó rotundamente.

Sonrió, apuró el *whisky* y se puso en pie.

—Le ruego me dispense haya venido a turbar su fin de semana, señor Grimsby —agregó.

El dueño de la casa sonrió también.

—Si lo que me has dicho es cierto, resultará un fin de semana sumamente favorable a mis propósitos —contestó—. ¿No quieres quedarte a dormir en casa, Zane? Hay habitaciones de sobra y Edna se sentiría muy satisfecha.

—Tengo prisa —se disculpó el joven.

Grimsby suspiró.

—Me recuerdas a tu padre cuando tenías tu edad —dijo melancólicamente—. Ahora tengo todo y no me falta absolutamente nada, fiero, a veces, echó en falta los viejos tiempos, en que teníamos que luchar como fieras para sobrevivir. Gracias a tu padre salimos adelante, aunque no puedo menos que decirte que se metió luego en asuntos poco claros y así lució el pelo.

—Es cierto, señor. Pero aquello ya pasó y hemos de encarar el presente. Gracias por todo, señor Grimsby.

Beacham dio media Vuelta y abandonó el despacho. En el gran vestíbulo de la lujosa mansión campestre de Grimsby, se encontró de repente con dos personas cuya sola visión le dejó sin aliento.

—¡Cleo! —exclamó, atónito.

Ella se sorprendió también de verle en aquella casa.

—¡Zane! ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo podría decir yo, ¿no? Creo que ibas a pasar el fin de semana en *Dry Range*...

—Y allí iremos en seguida, señor Beacham —dijo Henry Leathill, que acompañaba a la muchacha—. Pero hemos tenido que desviarnos de nuestra ruta, para que yo pudiera hablar con el señor Grimsby de negocios.

—Comprendo... —sonrió el joven—. Bien, en tal caso, no quiero molestarles más...

—Dispense —cortó Leathill—. Creo que el señor Grimsby me llama. Volveré en seguida, Cleo.

—Está bien —contestó ella.

Beacham y joven quedaron frente a frente, mirándose con fijeza el pecho de Cleo palpitaba con fuerza.

—Zane, ¿cuál es tu juego? —preguntó Cleo por fin.

CAPÍTULO IX

—Grimsby —dijo el joven, después de unos momentos de silencio —, fue un gran amigo de mi padre. Conoce mi situación y quiso ayudarme, eso es todo.

—No lo sabía —declaró ella.

—Tengo amistades en las alturas. Pero soy bastante orgulloso.

—Y no te gustan las limosnas.

Beacham hizo un gesto ambiguo.

—Nos veremos el lunes, supongo —dijo, evasivo.

—Sí. Zane, ¿aún insistes en...?

—Hasta el final —contestó él tajantemente.

De pronto, alguien pronunció a gritos el nombre del joven:

—¡Zane! ¡Zane! Hombre de Dios, ¿dónde te has metido todo este tiempo?

Una encantadora muchacha, de cabellos rubios, corrió hacia Beacham, se colgó de su cuello y le besó con gran efusión.

—Eres un condenado pillo —le apostrofó cariñosamente—. Tanto tiempo sin dejarme ver tu cabellera... ¿Dónde has estado metido? ¿Qué has estado haciendo? Pero ya me lo contarás en un lugar menos concurrido... Ven, encanto...

Beacham tenía la cara de todos los colores del arco iris. Miró un instante a Cleo y la vio pálida, con los ojos despidiendo chispas de indignación.

—Perdona un momento, Edna, pero te quiero presentar...

—Oh, ya lo veré después —dijo Edna Grimsby—. Ahora quiero hablar contigo, especie de canalla. Tenerme tantos meses sin noticias tuyas... No te lo perdonaré jamás, ¿me entiendes?

Beacham y la hija del dueño de la casa se alejaron, abriéndose paso entre la docena de invitados que se congregaban en el salón.

Edna le condujo hasta una terraza exterior desde la cual se divisaba un espléndido panorama.

—Bien, ahora dime, ¿te quedas aquí el fin de semana?

—Imposible, debo marcharme inmediatamente —contestó Beacham, con la vista fija en el interior de la casa.

—Lo siento, encanto, no puede ser. El próximo fin de semana, tal vez...

Beacham hablaba sin mirarla, con los ojos puestos en la sala. De pronto, vio a Leathill, que salía del despacho de Grimsby.

Leathill parecía furioso. Agarró a Cleo por un brazo y tiró de ella hacia la salida. Beacham quiso lanzarse tras la pareja, pero Edna le cortó el paso.

—No puedo permitir que te vayas todavía, Zane —dijo—. He estado meses enteros sin ver el color de tu pellejo y, al menos, vas a tomar una copa conmigo.

Beacham se resignó. A fin de cuentas, no podía viajar en el mismo coche que Cleo.

Tendría que poner buena cara al mal tiempo, se dijo.

Su brazo derecho se enroscó en torno a la cintura de la muchacha.

—Vamos a ver dónde está esa copa y si es de vitriolo o de cianuro —exclamó alegremente.

—¿Qué veneno prefieres, Zane?

—No quiero decírtelo; me tomarías por un sádico —contestó él.

Grimsby se acercó a la pareja momentos más tarde.

—Zane, se ha ido echando venablos —dijo—. Me lo figuraba, señor —sonrió Beacham.

* * *

La cabina de carga del avión estaba débilmente iluminada. Sentados en los bancos laterales, los cinco pasajeros dormitaban, escuchando apenas el monorrítmico sonido de los dos motores. A través de las ventanillas, entraba la luz de la luna en creciente.

De pronto, se abrió la puerta de la cabina de pilotaje.

—Eh, vosotros —gritó Jerry Dorton—. Diez minutos para el punto de lanzamiento.

Beacham se espabiló en el acto. Los demás empezaron a

moverse.

Dorton pasó sucesivamente junto a cada uno de ellos.

—Revisad bien los atalajes —aconsejó—. Los paracaídas están en perfectas condiciones.

—¿Devuelven el dinero si no funcionan? —preguntó Bud.

—Sí, a las viudas.

—Yo no estoy casado, aunque tengo veinticinco hijos esparcidos por el mundo.

Pobrecitos, qué harán sin su padre...

—Algunos presumen de lo que no han sido nunca —rezongó Mike.

—Bueno, pero un diez por ciento sí...

—¿Quieres decir que tienes dos coma cinco hijos? —Se aterró Randy.

—Digo que un diez por ciento del dinero que importa mi seguro irá a parar a obras de beneficencia.

—Oh, dejaos ya de bromas —gruñó Freddie—. Jerry, ¿no había paracaídas a mi medida?

—Claro que no. Pero encontramos la solución para proporcionarte uno.

—¿Recortando la tela?

—No, la mojamos. Luego, al secarse, encogió y...

Una lámpara roja se encendió de pronto sobre el dintel de la cabina del piloto.

—Estamos llegando al punto de lanzamiento —anunció Dorton—. ¡Todos a sus puestos! Beacham se ajustó bien los atalajes y sacudió los hombros para afirmar la mochila sobre la espalda. Dorton había abierto la portezuela mientras tanto.

El viento entró con atronador rugido. Beacham enganchó el cable del paracaídas en el que corría longitudinalmente por el techo de la cabina.

—Esto no es Alaska precisamente —gritó Dorton a su oído.

Beacham sonrió. El último lanzamiento lo había sido sobre un terreno cubierto de nieve y con una temperatura de diez grados bajo cero.

La luz roja se apagó y se encendió entonces la de color verde.

—¡Ahora! —gritó Dorton.

Beacham se lanzó de cabeza sin vacilar. El cable de apertura

funcionó satisfactoriamente. En pocos segundos, oyó un fuerte aleteo sobre su cabeza, Luego notó el tironazo del paracaídas al abrirse por completo.

Miró hacia abajo. Aunque la luz de la luna era muy intensa, no resultaba sin embargo lo suficiente para divisar ciertos detalles desde quinientos metros de altura. Pero confiaba en los Dorton y en la capacidad de Mark como navegante, para estar seguros de que llegarían a muy poca distancia del objetivo.

Miró hacia arriba. Cuatro sombrillas descendían lentamente, en hilera y a diferentes niveles. Todo había salido bien, se dijo, muy aliviado. A fin de cuentas, eran sus amigos y le ayudaban en un asunto puramente privado, con el que, realmente, no tenían nada que ver. Habría sufrido un verdadero disgusto si a alguno de ellos le hubiera sucedido un accidente de gravedad.

Los últimos metros fueron, cubiertos y sus pies tocaron el suelo. Flexionó las rodillas, dio la vuelta y se incorporó con rapidez. Inmediatamente, empezó a desembarazarse del estorbo que suponían los atalajes.

A setenta u ochenta pasos sonaron unos enérgicos reniegos. Beacham sonrió.

—¿Te has roto algo, Risueño?

—Me pregunto qué viento de locura nos ha dado para hacer estos disparates, ahora que ya no necesitamos correr el riesgo de rompernos el cuello —contestó Bud—. ¿No habíamos quedado en dedicarnos a la buena vida?

—La buena vida puede ser, a veces, muy aburrida. Esto es la sal y la pimienta de la existencia, hombre.

Beacham lanzó a un lado el paracaídas, corrió hacia donde estaba su amigo y se reunió con él. Mike caía en aquel momento a unos doscientos metros.

Una leve racha de viento arrastró el paracaídas de Randy, quien fue a posarse a unos diez pasos escasos de donde se hallaban Beacham y el otro. Randy se levantó y empezó a soltarse las correas.

De pronto, algo descendió del cielo. Freddie cayó sobre los hombros del forzudo, quien resistió sin demasiadas dificultades el impacto.

—Esto se llama caer en blando —rió Freddie.

—Sí, pero no me gusta que la gente viaje sobre mi sin pagar billete —contestó Randy—. Apéate, muchacho.

Freddie puso ambas manos en la cabeza del otro y saltó ligeramente hacia arriba, dejándonos caer luego al suelo. Mike soltó un par de juramentos.

—Me he enredado en las cuerdas del paracaídas —gritó.

—Vamos allá, muchachos —dijo Beacham.

Mike quedó libre en pocos momentos. Beacham agitó una mano.

—Bien, veo que todos habéis llegado intactos —sonrió—. Convendría que revisáramos los equipos antes de ponernos en marcha.

La operación duró escasos minutos. Inmediatamente, Beacham giró un cuarto a su izquierda y echó a andar hacia la cumbre de una colina que se divisaba a unos tres kilómetros.

El suelo era ondulado y no había demasiada vegetación. A pesar de la hora, la temperatura era más elevada y, con el ejercicio de la marcha, pronto empezaron a sudar. Se oyeron las primeras quejas, pero Beacham no protestó oídos algunos lamentos que estimó exagerados.

Cuarenta minutos más tarde, alcanzaron la cumbre. Beacham se quitó la mochila y extrajo de su interior una cantimplora con agua. Randy sonrió desdeñosamente.

—Yo tengo algo mejor —dijo.

Su equipaje era muy voluminoso. Lleno de asombro, Beacham le vio extraer una nevera portátil, de la que sacó una lata de cerveza.

—Eres un cochino traidor —dijo Bud.

Randy sonrió.

—También tú pudiste hacer lo mismo —contestó.

Mike saltó sobre él y le sujetó los brazos.

—Abre la nevera, Freddie —dijo.

El enano obedeció. Una maldición se escapó de sus labios inmediatamente.

—¡No hay más que hielo! ¡Sólo se ha traído una cerveza!

Randy soltó una atroz carcajada. Beacham sonrió.

Bueno, si hay hielo, se puede poner en las cantimploras y así se refrescará el agua. —Yo no lo haría— dijo Randy.

—¿Por qué?

—Es lejía congelada, Zane.

Beacham le miró oblicuamente. Metió la mano en la nevera, sacó un cubito de hielo, lo frotó con ambas manos y luego acercó las palmas a la nariz.

—¡Qué bandido! —dijo.

—Especie de canalla, hijo de una mula sarnosa —le apostrofó Mike—. Ojalá revientes con esa maldita cerveza.

Randy se echó a reír y empinó la lata de cerveza. De pronto, una piedra lanzada con venenosa puntería, alcanzó el recipiente y lo hizo volar por los aires.

Más piedras golpearon la lata, haciéndola rodar por la pendiente, hasta que se perdió de vista. Beacham contuvo una sonrisa; el buen humor de sus amigos era inagotable. —Sois como niños— dijo, fingiendo enojo—. ¿Por qué no gritáis un poco más? Puede que así nos oigan allá abajo, que es, precisamente, lo que menos nos conviene.

—¿Está muy lejos la mina? —preguntó Freddie.

Beacham movió la mano izquierda.

—A menos de mil metros —contestó.

CAPÍTULO X

Tendido de pecho en el suelo, Beacham contempló el paisaje a través de los prismáticos. Randy, Mike y Freddie dormían un poco más abajo, en la contrapendiente. Bud estaba a su derecha.

—Veo, al menos, a cuatro individuos, uno de los cuales lleva un rifle. Los otros, me parece, tienen revólver.

—Sí —confirmó el joven—. Un rifle y tres pistolas. Pero no se ve el menor rastro de Cleo y de su padre.

—Estarán en alguno de esos barracones —supuso Bud.

El sol no había salido. A cierta distancia de una ladera casi vertical, situada en el fondo de una hoya abierta, con trazado de anfiteatro, se divisaban algunos barracones prefabricados. Había también unas cuantas vagonetas herrumbrosas y un par de vías que se juntaban luego en una, antes de adentrarse en la montaña.

—Tienen muy fácil la defensa —dijo Bud—. ¿Cuál es tu plan, Zane?

—Me acercaré yo solo. Debajo de la cazadora, llevaré el transmisor de radio abierto. Así podréis escuchar todo lo que se hable y actuar según las circunstancias.

—No me gusta —refunfuñó el Risueño—. Esos tipos están dispuestos a todo. Pueden pegarte cuatro tiros y luego enterrarte en cualquier rincón. Sobra sitio para una sepultura, Zane.

—Procuraré evitarte el gasto de enviarme una corona de flores a mi tumba. Bueno, creo que es hora de empezar el jaleo. Despierta a los otros, ¿quieres?

Bud se deslizó hacia abajo y sacudió a los durmientes, los cuales acudieron a poco, tratando de despejar el sueño que aún hacía pesados sus párpados. Randy emitió una interjección al ver a los cuatro vigilantes que se paseaban por en torno a un barracón,

cubriendo todos sus ángulos.

—Estará allí, seguro —opinó Freddie.

—Para mí, no hay la menor duda. Bueno, muchachos; voy a ponerme en marcha. —Beacham señaló la polvorienta carretera que pasaba al pie de la loma y que, después de contornearla, a mil metros, describía una cerrada curva que la llevaba a concluir en el campamento minero— llegaré allí, alegando que se me ha averiado el coche. Vosotros iréis por otro lado y...

De pronto se interrumpió.

—Mira —exclamó Mike—. Alguien sale del barracón.

Freddie tenía los prismáticos del joven.

—No parece que lo haga muy a gusto... ¡Es ella y la tienen atada y amordazada!

Beacham emitió un juramento. Arrebató los binoculares al enano y los asestó en la hondonada.

—¿Qué diablos pretenden hacer ahora? —masculló.

Cleo tenía las manos atadas a la espalda y su boca estaba tapada por una tira blanca. Beacham divisó a Leathill, junto al cual había otro individuo de unos cincuenta y cinco años, que le resultó perfectamente desconocido.

Un tercer individuo salió del barracón. Aparentaba unos cuarenta y cinco años y llevaba un cinturón con revólver. Beacham tampoco lo conocía.

Los tres hombres hablaron brevemente. Luego, Leathill empujó a la muchacha, hacia el automóvil que salía de un cobertizo en aquellos momentos y que se detuvo frente al grupo.

Sin ninguna ceremonia, la muchacha fue arrojada al asiento posterior del coche, cuyo conductor se apeó, dejando el sitio al hombre del revólver. Éste se situó tras el volante y sacó la cabeza por la ventanilla, para hablar con los otros dos.

Beacham tiró los prismáticos a un lado.

—Se la llevan de aquí —exclamó—. Debemos cortar el paso a ese automóvil.

—Podemos reventarle las ruedas a tiros —sugirió Bud.

—No, oirían los disparos y se alarmarían. Vamos, ya haremos algo para detenerle.

Inmediatamente echaron a correr ladera abajo. La distancia era de unos trescientos metros. Beacham divisó un par de piedras de

buen tamaño y las señaló con la mano.

—¡Randy, ponlas en el camino! —ordenó—. Los demás, al suelo, detrás de las matas.

La vegetación era más bien escasa, pero supuso que el conductor del coche confiaría en no encontrar a nadie en aquellos parajes. Randy, con sus fuerzas hercúleas, hizo rodar los pedruscos hasta el centro del polvoriento camino. Casi en el acto, se oyó el ruido del motor.

—Aquí, llamó el joven.

El Pluma se lanzó por encima del arbusto y aterrizó al otro lado, justo en el momento en que el coche asomaba por la curva. De pronto, Beacham torció el gesto.

En aquellos lugares el suelo era más llano de lo corriente. El coche, dedujo, evitaría el obstáculo de las piedras simplemente saliéndose del camino, sin necesidad de aminorar la velocidad. Habían perdido el tiempo, se dijo desalentadamente.

Un poco más allá, Freddie tenía algo en su mano. La hoja de la navaja automática chasqueó al abrirse de golpe.

—Como no dé resultado...

El coche se acercó. Su piloto vio las piedras y sospechó una trampa. Beacham y sus amigos oyeron claramente el sonido del cambio de marchas y de súbito el acelerón del motor, cuando el conductor empezaba a salirse del camino, a fin de obtener potencia suficiente para eludir el inesperado obstáculo. Pero en el mismo momento, Freddie lanzaba su navaja contra la rueda delantera derecha.

El neumático se presentó durante unos instantes justo en frente. La navaja alcanzó el objetivo y el aire empezó a escaparse.

La rueda perdió presión y el efecto se notó en el volante. Desesperadamente, el conductor trató de dominar el vehículo, pero no lo consiguió y se fue contra un ribazo de tierra, en el que se hundió el morro del coche.

Cinco hombres se abalanzaron inmediatamente sobre el automóvil. El conductor saltó fuera y empezó a sacar el revólver.

Mike le arrojó un puñado de tierra a los ojos. Se oyó una blasfemia.

Randy alcanzó al sujeto y le golpeó en el estómago. La resistencia del individuo cesó en el acto.

Beacham abrió la portezuela posterior. Los ojos de Cleo le miraban con infinito asombro desde el suelo del coche.

Sonriendo, el joven la agarró por la cintura y la sacó fuera. Luego, sujetándola con una mano, quitó de su boca la tira de cinta adhesiva.

—¿Es un milagro o estoy soñando? —dijo ella, todavía aturdida.

Beacham lanzó una carcajada.

—Ya no hay milagros en esta época de descreídos —contestó—. ¿Cómo te encuentras?

—Asustada, pero en buenas condiciones, Zane.

—Lo celebro. Espera un momento. ¡Eh, chicos! ¿Qué hay del conductor?

—Está dormido. Randy le sacudió uno de los suyos —contestó Freddie.

—Hay que despertarlo; quiero hablar con él. Cleo, ¿sabes quién es?

—Sí, Wess Leathill, hermano del padre de Henry.

* * *

Beacham libró a la muchacha de sus ligaduras, hila se frotó las muñecas. Al mirar al joven, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Fui una incauta —se lamentó.

—Todos estamos expuestos a cometer ciertos errores —contestó—. ¿Cómo está tu padre?

—Bien, pero le van a obligar a firmar.

—Y tú eres el procedimiento para obligarlo.

—Sí. Wess Leathill iba a llevarme a su cabaña, precisamente donde Henry dijo que pasaríamos el fin de semana. Está a unos setenta kilómetros y debía retenerme allí hasta que papá hubiese firmado.

—Y entonces, te dijeron, os soltarían a los dos.

—Sí, eso dijeron —convino Cleo.

—Esa especie de canallas no pensarían cumplir su promesa; vivos, tú y tu padre seríais siempre unos testigos muy molestos. Pero, en fin, las cosas se van arreglando mejor de lo que podíamos esperar.

Bud lanzó un grito en aquel momento.

—¡Zane! ¡El tipo empieza a despertarse!

Beacham hizo un gesto con la cabeza.

—Ahora voy para allá —dijo—. Cleo, quédate aquí.

—No, te acompañaré...

—Está bien, pero lo haces a tu riesgo. No respondo de tu estómago, ¿entiendes?

Cleo se puso una mano en la boca.

—No..., no hagas nada...

—Ya veremos —dijo el joven ceñudamente—. Todo depende de su comportamiento.

Leathill estaba sentado en el suelo, con un indudable aire de abatimiento. Randy y Mike lo flanqueaban. Freddie y Bud se movían por los alrededores, arrancando ramas secas de los matojos que crecían en aquellos parajes.

—Bien —dijo Beacham, a la vez que se ponía en cuclillas frente al prisionero—. ¿Cuáles son los proyectos de su miserable hermano y de su apestoso sobrino?

Leathill elevó el mentón orgullosamente.

—Si creen que voy a hablar, están muy equivocados —contestó con aire desafiante.

—He encontrado mi navaja —exclamó Freddie.

—Tienes buena puntería —comentó Beacham—. ¿Dónde aprendiste a lanzar también? —Psé, practicando con tipos como éste—. El pie derecho de Freddie golpeó el costado del prisionero. —¿Quieres que te haga una prueba? Sólo se la clavaré en uno de sus brazos.

—Eh, oigan, ustedes no me pueden torturar —protestó Leathill—. No tienen ningún derecho...

Randy rió sarcásticamente.

—Eso me recuerda al asesino que protestó cuando lo sentaron en la silla eléctrica. Decía que...

Beacham movió una mano.

—Calla —ordenó—. Wess, si tenemos derecho a torturarlo o no, es problema nuestro. El suyo es hablar. Y si no lo hace, créame, lamentará haber nacido. —¿Enciendo el fuego, Zane?— consultó Bud. —Sí. Procura que no haga humo.

—Está bien.

—Randy, tú quitarás la ropa a Leathill. Déjale la tripa al aire.

—Creí que íbamos a quemarle los pies —dijo el Pluma asombrado.

—No, olerían demasiado mal. Prefiero calentarle las tripas —contestó Beacham, muy serio.

Leathill estaba lívido.

—Pero, oigan, ustedes no pueden... ¿Qué dirá mi hermano, cuando se entere de que he hablado?

—Echará pestes, no cabe duda. Pero cuando lo sepa, será demasiado tarde para él. —Los ojos de Beacham emitieron un destello de dureza—. Wess, se engaña si cree que fanfarroneamos. A menos que hable ahora mismo, créame, le pondremos un puñado de brasas encima del estómago.

Bud y Mike soplaban ya el fuego.

—Esto estará listo antes de cinco minutos —anunció el primero.

—Hombre, yo me pregunto por qué no usamos cigarrillos —dijo Freddie.

—Somos cinco. Bueno, seis, si Cleo quiere unirse al grupo —dijo Randy.

—Sois unos despilfarradores —se lamentó Beacham—. Desperdiciar seis cigarrillos, cuando abunda el combustible gratuito. Así no llegaréis jamás a ninguna parte, muchachos.

Volvió a mirar a su prisionero.

—Wess, emiece a soltar la lengua o le tostamos la barriga. ¡Elija! —dijo con voz de trueno.

Bud llegó con una rama ardiendo.

—¿Empiezo, Zane?

Leathill se rindió.

—Basta —exclamó, completamente derrotado—. Lo diré todo.

—Muy bien, adelante —invitó la joven.

Más tarde se suscitó un problema.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora con ese pájaro? —consultó Bud.

—Iba a estar un par de días en la cabaña, ¿no? ¿Por qué no llevarlo hasta allá? Es decir, si Cleo nos guía.

—Con mucho gusto —accedió la muchacha.

—Pero no tenemos coche —exclamó Freddie.

—Everest, usa la cabeza. ¿Qué es eso que hay parado a treinta pasos de distancia? ¿Un automóvil o un camello muerto?

—Oh, perdona, no lo había visto.

Beacham se volvió hacia Cleo.

—Perdónalos, son un poco torpes. Pero, eso sí, tienen muy buena voluntad —dijo.

Cleo sonrió.

—Zane, ¿cómo podré pagarte...?

—Ya te lo diré en su momento. Vamos, chicos, hay que cambiar la rueda pinchada...

Randy, busca cuerdas para atar a Leathill...

—No sé si cabremos todos en el coche —alegó Bud—. Con el prisionero, somos siete...

—Leathill puede viajar perfectamente en el maletero.

Cleo agarró el brazo del joven.

—Zane, debo confesarle que me siento estupefacta. Si habéis llegado hasta aquí, ¿cómo es posible que no dispongáis de un automóvil?

Beacham emitió una ancha sonrisa.

—No sabíamos si llegaríamos a tiempo con el coche. Preferimos usar un avión —contestó.

—¿Y se ha marchado sin vosotros?

—Claro, Nos tiramos en paracaídas, ¿sabes?

Ella cerró los ojos.

—¡Qué hombres! —gimió—. Locos, están locos de remate...

—Por lo menos uno del grupo —dijo él.

—¿Quién? —preguntó Cleo rápidamente.

—Adivínalo, dulzura.

Cleo sonrió. Beacham la dejó y fue a unirse al grupo que trataba de cambiar la rueda deshinchada.

CAPÍTULO XI

Beacham abrió la puerta de su casa y, en el acto, se detuvo, aspirando fuertemente con la nariz. Estuvo así un instante y luego entró y cerró con toda naturalidad.

Encendió la luz. Con paso tranquilo, cruzó la sala y se acercó al pequeño bar que había en uno de los rincones. Agarró una botella y simuló que iba a abrirla, pero, de súbito, la arrojó con todas sus fuerzas contra la cortina que ocultaba una de las ventanas.

Al estallido de los vidrios sucedió un grito de dolor. Beacham saltó hacia la cortina y golpeó duramente con ambos puños. Debajo de la tela sonaron unos gruñidos inarticulados. Beacham agarró la cortina y tiró con fuerza, envolviendo al individuo que estaba debajo. Retrocedió con su presa, giró en redondo y lo lanzó con todas sus fueras hacia el centro de la estancia.

El hombre rodó por el suelo, quejándose sordamente. Beacham se agachó, tiró de la cortina y el rostro del intruso quedó al descubierto.

—Oiga, no vuelva a pegarme —se quedó el desconocido—. Ya está bien, ¿no le parece?

—Ésta sí que es buena —resopló Beacham—. De modo que entras en esta casa sin permiso del dueño, que soy yo, y todavía tienes la desfachatez de quejarte de mis procedimientos de defensa.

—Pero es que yo no quería hacerle daño...

Beacham miró al desconocido con ojos recelosos. Era un hombre de unos cuarenta años, de pelo pajizo y ojos descoloridos. Las ropas, apreció de inmediato, eran más bien modestas, demasiado usadas. Era evidente que las finanzas del sujeto no marchaban demasiado boyantes.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Joe Wancock. Escuche, estoy sin trabajo. Sólo entré en esta casa para ver si encontraba algo interesante...

—Joe, a otro perro con ese hueso. La cerradura es especial y no se abre sin la llave con demasiada facilidad. Hay, además, sistemas de alarma, que deberían haber funcionado y atraído un batallón de policías. ¿Por qué no eres sincero conmigo, hijitos? Wancock se frotó la mejilla izquierda. —¿Puedo sentarme?— preguntó.

—Claro. Pero tienes que hablar y desembuchar todo lo que sepas, ¿eh?

—Bueno... El caso es que roe encargaron que le robase unos papeles que usted tiene guardados aquí...

—Joe, sigues mintiendo. Nada de lo que has dicho hasta ahora es verdad, excepto que estás dentro de una casa que no es la tuya. Si me haces perder la paciencia, te prometo...

Beacham se interrumpió súbitamente.

El desastrado aspecto de Wancock indicaba a las claras su precaria situación económica. —Joe, ¿cuánto te han pagado por el trabajo?— preguntó.

—Una miseria... Quinientos dólares, con las manos que tengo... Nadie podría ganarme...

—¿A reventar cajas fuertes y desconectar alarmas?

Wancock asintió con repetidos movimientos de cabeza. Beacham sonrió satisfecho. —Cometiste un error, por eso supe que estabas aquí —dijo.

—¿Cuál fue el error? —preguntó Wancock.

—Fumaste, por lo menos, un cigarrillo. Olía a tabaco y hace dos días que yo no estoy en la casa. ¿Lo comprendes ahora?

—Es que... estuve trabajando... No pensaba que vendría tan pronto y me entretuve tomando un trago. Limpié el vaso, pero no me dio tiempo a tirar el cigarrillo por el sumidero.

—Sí, el honesto premio de la labor bien realizada —dijo el joven irónicamente—. Joe, apuesto algo a que tienes una ficha así de gorda en la Jefatura de Policía. Si ahora llamase a una patrulla, te meterían en «chirona» una buena temporada.

—¡Por Dios, no! —Se aterrorizó el sujeto—. No llame a los «polis».

—Es que no me va a quedar otro remedio. Porque tú no has hecho el trabajo por propia iniciativa. Lo has confesado, así que...

Beacham metió la mano en el bolsillo, sacó un rollo de billetes y

separó diez de a cien.

Manteniéndolos en abanico, los hizo hondear frente al intruso.

—¿Quién, Joe? —preguntó.

Wancock suspiró.

—Tiene usted una hermosa forma de hacer atractivos los malos tragos —contestó Y dio el nombre que esperaba Beacham.

—Con que fue él —dijo el joven pensativamente—. Sí claro, va a venir, pero sabe que no puede llegar sin ser advertido inmediatamente. ¿Tienes que avisarle de que el paso está franco, Joe?

—Sí, señor.

Beacham señaló el teléfono.

—Llámallo. Y no intentes avisarle con alguna contraseña o se enterará de que te has «chivado» y te hará un par de ojales en el estómago.

Suspirando resignadamente, Wancock se acercó al teléfono y marcó un número. A los pocos segundos, dijo:

—Todo listo. Seguro, claro... ¿Cómo que si de veras...? Amigo, ahora podría pasar una manada de elefantes borrachos y el dueño ni se enteraría... ¿Que vaya luego a verle? Por supuesto, no faltaría más. Adiós.

Beacham le quitó suavemente el teléfono y lo volvió a la horquilla.

—Lo has hecho muy bien, Joe, pero si luego fueses a verle, sería lo último que hicieras en tu vida. ¿Te ha prometido más dinero por haber hecho un buen trabajo, verdad?

—Sí —admitió el sujeto.

—Ése es el cebo para que vayas y así tapar una boca comprometedora. Y ahora, ven conmigo, Joe; no puedo permitir que te marches antes de tiempo.

Minutos más tarde, Wancock quedaba en el dormitorio del joven, sólidamente atado y amordazado. Antes de dejarlo solo, Beacham le despidió con una brillante sonrisa. —Cuando haya terminado con ese tipo, podrás marcharte— aseguró.

* * *

Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, Dan Paxton abrió la

puerta de la casa y asomó la cabeza. Al cabo de unos segundos se decidió a entrar. En su mano derecha brillaba el pavonado metal de una pistola provista de silenciador.

Paxton cerró con infinito cuidado y dio unos pasos en el interior. De repente sonó una voz:

—No sigas. Quédate donde estás.

Paxton apretó las mandíbulas, comprendiendo que había caído en una trampa. ¿Cómo había podido suceder?, se preguntó.

—Sé que tienes una pistola en la mano —continuó Beacham, prudentemente oculto—. No te servirá de nada. No intentes ir hacia adelante y hacia atrás. Capturé a Wancock cuando ya se marchaba y le hice hablar. Joe desmontó «casi» todas las trampas. Pero hay algunas que sólo funcionan cuando yo las activo y que son completamente independientes de los otros sistemas generales. Por ejemplo, ahora, delante y detrás de ti, hay sendos cables a un palmo del suelo. Si rozas siquiera uno de ellos, dos pistolas ametralladoras te rociarán de balas por ambos costados.

—No le creo —gruñó el asesino.

—¿Por qué no haces la prueba? Basta que levantes un pie y lo sabrás.

Paxton notó que un hilo de sudor le corría por la mejilla derecha.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—Información —dijo Beacham fríamente.

Paxton empezó a levantar la pistola.

—Oh, oh... yo que tú no haría eso. Una bala es rápida y puede que me hieras, pero nunca es más rápida que una célula fotoeléctrica. Al pasar por delante de una batería de esos chismes, que no puedes ver, activarás el mecanismo de una trampilla que tienes justo bajo los pies. A cuatro metros debajo de ti, el suelo está lleno de estacas aguzadas. ¿Por qué no desistes y tiras la pistola? —dijo Beacham.

El asesino saltó a un lado.

—¡Cuidado! —advirtió el joven—. Un paso más y te caerá encima mil litros de ácido. No te muevas, no respires siquiera o te disolverás vivo.

—¡Eso no es cierto! —aulló Paxton—. Todos son embustes...

—¿Por qué no das un paso a tu izquierda? ¿Por qué no adelantas

un pie?

Paxton sudaba a chorros. Al cabo de unos segundos, empezó a deslizarse en sentido contrario, pasito a pasito, arrastrando los pies con infinitas precauciones.

—Basta ya —dijo Beacham—. Un palmo más a tu derecha y activarás el mecanismo que dispara una lanza africana. Antes de que puedas darte cuenta, te encontrarás ensartado como un pollito. Tira el arma, Paxton, te conviene.

—¡No, maldita sea! No lo haré...

—¡Baja la voz, estúpido! Si vuelves a gritar, te caerá encima una losa que pesa dos toneladas. Esa trampa se activa por un grito demasiado fuerte o demasiado sostenido. Claro que a lo mejor no te gusta ser tan alto y preferirías perder un metro de estatura.

—No le creo absolutamente nada de lo que me ha dicho. Todo eso no son más que fanfarronadas...

—Pero estás quieto, ¿verdad? Tienes tanto miedo que no te atreves a moverte siquiera.

Paxton tragó saliva maquinalmente. ¿Dónde diablos estaba Beacham?

—Tú no me ves y yo sí puedo verte —añadió el joven—. Por si no lo sabías, te diré que llevo unos anteojos especiales para la visión nocturna, a base de infrarrojos. En estos momentos te veo como si fuese de día. Y no llevo armas, te lo anticipo.

—Bi... bien, ¿qué quiere de mí? —preguntó Paxton.

—Me imagino los motivos por los cuales mataste a Langhorne. El se había ocupado de pintar y despintar el coche, para que pareciese el de Cleo Shapper, pero ¿por qué tuvo que morir Vardo Jones?

—Estaba metido en el jaleo —gruñó el asesino.

—Además de dedicarse a escribir, supongo.

—Sí. Pero se le ocurrió publicar su maldito libro antes de tiempo. No nos convenía la publicidad.

—Ah, has dicho «nos». ¿Qué parte tienes tú en el asunto?

—Floyd Leathill es hermano de mi madre.

—Ah, vamos, tu tío. Los trabajos de confianza, para la familia, ¿verdad?

Paxton volvió a gruñir.

—Ahora ya lo sabe —dijo—. Desconecte todas las trampas. Le

prometo que me iré muy lejos y no volverá a verme ni a saber de mí.

—Dan yo no he hecho ningún trato contigo —respondió Beacham lentamente.

—¡Pero no puedo quedarme aquí! —aulló el pistolero.

—No, claro que no. A ver si crees que voy a consentir que te quedes aquí toda la vida.

Pronto te irás, no te preocupes.

—¿Cuándo? —preguntó Paxton ávidamente.

—Dentro de un minuto... No, menos. Ya está llegando la Policía.

Paxton lanzó un atroz juramento y, desdeñando cualquier peligro, giró en redondo y se lanzó a la puerta. Al abrir, se vio enfocado por un par de potentes proyectores.

—¡Alto! —Sonó un altavoz—. Deténgase, tire el arma y levante las manos...

Enloquecido, más por la furia de saberse burlado que por el miedo, Paxton intentó huir, abriéndose paso a tiros. Delante de él, brillaron unos rojos fogonazos.

Paxton sintió unos fuertes golpes en el pecho. El último lo notó en la mejilla izquierda y, una centésima de segundo después, perdió el conocimiento definitivamente.

Más tarde, cuando las policías se hubieron marchado, Wancock, que estaba suelto desde que sonaron los primeros disparos, hizo una pregunta al joven:

—Señor Beacham, ¿es cierto que hay todas esas trampas dentro de la casa?

Beacham sonrió mientras fijaba la vista en el rostro del sujeto. Había justificado la presencia de Wancock en su casa, declarando que había venido a revisarle algunas alarmas. El hombre, se lo había expresado claramente, le estaba muy agradecido por no haberle metido en el jaleo.

—Fue un truco —adivinó Wancock.

—Ponte en el pellejo de Paxton. ¿Qué habrías pensado?

Wancock se estremeció.

—Creo... que me hubiera muerto de miedo —contestó.

Beacham asintió.

—Se lo merecía —dijo ceñudamente—. Joe, eres un tipo hábil e inteligente. No quiero que continúes viviendo de esta forma; un día

te echarán el guante y acabarás pudriéndote en San Quintín. Ven a verme la semana próxima; puede que le encuentre un buen empleo.

—Gracias, señor Beacham. Vendré, se lo prometo.

Wancock se marchó Beacham meditó unos segundos y luego fue al teléfono.

Bud respondió a su llamada.

—Todo en orden por aquí, Zane.

—Gracias, Bud. ¿Han llamado de la taina?

—Sí. Un par de veces. Wess se ha portado maravillosamente, contestando lo que deseábamos.

—Magnifico. Os volveré a llamar el domingo por la noche o el lunes a la madrugada, por si sucediera algún inconveniente. Ya sabéis lo que se ha de hacer. —Descuida, Zane.

—Muy bien. Ahora dile a Cleo que se ponga al teléfono.

Beacham oyó la voz de la muchacha instantes después.

—¡Zane!

—Hola, encanto —sonrió él—. ¿Cómo te encuentras?

—Personalmente, bien, pero ya sabes lo que temo...

—No tienes nada que temer, duquesa. Todo saldrá a la perfección. El lunes, antes de mediodía, habrá acabado para ti esta pesadilla. Aunque... puede que empieces a padecer otra.

—Si es de la clase que me figuro, no me importará sufriría el resto de mis días —rió ella—. Lo malo es que tengo los bolsillos del revés, tú ya me entiendes, ¿verdad?

—Oh, ¿qué importa el dinero en estos momentos? Salud y amor es todo lo que necesitamos, chica maravillosa. Hasta el lunes, Cleo.

—Adiós, querido.

Beacham colgó el teléfono y sonrió complacidamente.

—Te has dejado cazar por fin —murmuró.

Pero no lo sentía en absoluto.

CAPÍTULO XII

Beacham entró en el ascensor, vestido con singular elegancia: traje oscuro, chaleco gris, corbata azul marino, con unas rayitas blancas y azules, pantalones a rayas, zapatos espejeantes y sombrero de ala abarquillada. En el ojal de la chaqueta llevaba un clavel de un rojo detonante.

Momentos después, cruzaba un lujoso antedespacho, en el que trabajaba una secretaria. Casi sin detenerse, dijo:

—Señorita McNailsh, a las diez de la mañana llegarán dos visitantes. Anúncielos y hágalos pasar de inmediato.

—Sí, señor Beacham.

—Ah, señorita... No pronuncie mi nombre cuando lleguen esos dos caballeros.

—Muy bien, señor. ¿Algo más?

—No, gracias por el momento. Eso es todo.

—Sí, señor.

Beacham entró en el despacho, dejó a un lado el portafolios que traía consigo y paseó la vista a su alrededor. Un cierto sentimiento de melancolía invadió su ánimo. Las cosas no serían ya como antes. Aunque estaba Cleo, cosa que le hizo sentirse mucho más optimista.

Minutos más tarde, sonó el teléfono de la línea directa. Beacham levantó el aparato. —Todo listo— informó Randy—. El prisionero está libre y sus guardianes fuera de combate. —¿Bajas?

—Ni una —rió el Pluma—. Los sorprendimos con toda facilidad y allí se han quedado, empaquetados como salchichones.

—Está bien. Nos veremos luego en mi casa.

—Okay, Zane.

El interfono sonó un cuarto de hora más tarde.

—Señor, los señores Leathill, padre e hijo, están aquí —informó

la secretaria.

—Muy bien, hágalos pasar —contestó el joven.

La puerta se abrió. Un hombre de mediana edad entró, seguido por otro que no había cumplido aún los treinta años. El primero avanzó tranquilamente. El otro dio dos pasos y de repente, se quedó como clavado en el suelo.

—¡Usted! —gritó Henry Leathill—. ¿Qué demonios hace en este despacho?

Beacham sonrió apaciblemente.

—Permítanme que me presente —contestó—. Zane Edward Beacham, fundador y presidente de la Compañía de Investigaciones, Prospecciones y Análisis Mineros. ¿Tienen la bondad de sentarse, señores Leathill, padre e hijo?

Floyd Leathill frunció el ceño.

—Esperábamos encontrarnos aquí con otras personas —manifestó.

—Los señores Grimsby, Raynor y Henderson, supongo.

—Sí. Pero Grimsby no dio su nombre...

—A petición mía, naturalmente. Sólo les dije que también asistiría a la reunión el presidente de esta compañía, interesado en el asunto de la mina de *Dry Range*. El presidente soy yo y la compañía es una empresa absolutamente legal y satisfactoriamente rentable. ¿No quieren sentarse? —insistió el joven—. ¡No! —Gruñó Henry—. Hable, despache de una vez; tenemos prisa.

—No tienen ninguna prisa —dijo Beacham sin perder la flecha—. Los caballeros antes mencionados no piensan invertir un solo dólar en una mina de otro, que no tiene más oro que el que salió de los cañones de unas escopetas, cuyos cartuchos habían sido cargados con dicho metal precioso, en lugar de perdigones de plomo. Debo admitir que gastaron bastante dinero, porque emplearon al menos dos o tres kilos de oro, pero la cosa merecía la pena, si dichos tres caballeros suscribían acciones de la mina de *Dry Range*, lo que estuvieron a punto de conseguir.

—Pero usted lo ha evitado —dijo Leathill padre.

—Con muchísimo gusto, aunque debo confesar que en un principio no había soñado siquiera intervenir en el asunto, ni siquiera tras el juicio de Cleo contra Vardo, de no haber sido porque alguien tuvo la idea de asesinar a Vardo, haciendo, además, que el

asesino se disfrazase de mujer y usara un coche descapotable rojo. Ahí empezó todo, que es tanto como decir que empezó la ruina para ustedes. Incidentalmente, Dan Paxton, su sobrino y primo, respectivamente, «murió» el sábado por la noche, al intentar resistirse al arresto.

Disparó contra unos policías y éstos contestaron...

De pronto, Henry se acercó a la mesa.

—¿Puedo hacer una llamada? —consultó, con exquisita cortesía.

—No faltaría más; está en su casa —respondió Beacham, no menos educadamente.

—Ése es el teléfono de línea directa —indicó.

Henry levantó el aparato, marcó un número, esperó unos instantes y luego dijo:

—¿Tío Wess? Soy yo, Henry. Por favor, hemos tenido dificultades. Ya sabes la solución que se debe adoptar en un caso semejante.

Sonriendo, Beacham pulsó una tecla. La voz de Wess Leathill irrumpió en la estancia a través de un amplificador, con acentos gemebundos:

—Henry... todo ha salido mal... Me tienen prisionero desde el viernes por la noche... Bart Shapper ha sido rescatado esta madrugada... ¡Estamos perdidos. Henry, perdidos...!

Beacham presionó la tecla nuevamente y la comunicación se cortó en el acto. En medio de un impresionante silencio, Henry clavó sus ojos en el sonriente rostro del joven.

* * *

Beacham fue el primero en hablar.

—Shapper no murió en la explosión, en la que dos de los empleados fallecieron —dijo calmamente—. Ustedes, sin embargo, supieron acusarle del hecho y él creyó que podría ser procesado y condenado a una severa pena de cárcel, por lo que aceptó pasar por muerto. Se marchó del país, con nombre falso, y estuvo ausente casi tres años.

»La mina había dado mucho dinero, pero el filón se agotó, pasado el tiempo. Cleo había heredado gran parte de ese dinero, pero cuando la vaca dejó de dar leche, ustedes se percataron de que

ella podía ordenar una investigación. Eso no les convenía, naturalmente, pero también ustedes estaban con el agua al cuello. Buena vida, muchos gastos, fracasos en las inversiones de Bolsa... En fin, estaban arruinados y sabían positivamente que la mina ya no rendiría ni cien gramos de oro en cien años de trabajo.

»La única salida consistía en “salar” mineral y engañar a los analistas que pudieran nombrar los interesados en la mina. Pero yo conseguí encontrar una maleta con muestras y adiviné el truco. Así puse en guardia a Grimsby y éste, a su vez, advirtió a Raynor y Henderson.

»El matrimonio de Henry con Cleo ya no resolvía las cosas de ninguna forma. Por si fuese poco, Vardo, jefe de publicidad, tuvo la mala idea de escribir un libro con la vida y milagros de Cleo. Esto podía atraer una publicidad indeseada sobre ustedes y aunque le pidieron que no lo editase, Vardo, seguro de que podía ganar un montón de dinero, insistió y lo publicó. Vino el juicio, Vardo ganó, pero no dinero precisamente... y ustedes encargaron a Paxton que lo liquidase. Si se descubría demasiado pronto, Cleo, que ya empezaba a notar cierto mal olor en ustedes, cargaría con las culpas.

Beacham sonrió, mientras hacía una leve pausa.

—Pero entonces intervine yo. Ustedes decidieron que no les convenía y trataron de poner todo tipo de obstáculos en mi camino —continuó inflexiblemente—. Una azagaya, recuerdo de un safari que Henry hizo años atrás, una bomba que falló, dos tipos que cayeron con su coche por un barranco... y, finalmente, el propio Paxton, que ya tiene seis palmos de tierra encima. Nada de ellos les dio resultado, ni siquiera el secuestro de padre de Cleo, que ya había vuelto al país, a fin de evitar que ella hablase inconvenientemente. El tío Wess se la llevó a su cabaña, con orden de asesinarla, si surgían problemas... pero nosotros lo interceptamos y él es ahora nuestro prisionero. En resumen, los Shapper están arruinados, pero ustedes también. Sin embargo, ellos no tienen nada que temer, porque la explosión fue accidental y no hubo negligencia por parte del padre de Cleo, y ustedes están comprometidos muy gravemente en una serie de delitos que los van a llevar a la cárcel durante muchísimos años.

—No... no podrán probar nada —dijo Floyd ahogadamente.

Beacham hizo un gesto ambiguo.

—Eso lo tendrán que discutir con la policía —contestó—. Están a punto de llegar.

Henry se sobresaltó.

—¡Larguémonos antes de que sea tarde! —aulló.

Corrió hacia la puerta y sacó un revólver.

—No se mueva, no intente seguirnos o Se abrasaré vivo, Beacham —amenazó. El joven quedó en el mismo sitio. Floyd le miró un segundo con desesperación y luego dio media vuelta. Henry abría en aquel momento.

En el antedespacho sonó una voz conminatoria:

—¡Suelte el arma!

Henry se volvió, terriblemente sorprendido. Hizo un gesto con la mano. Frente a él, alguien hizo fuego.

Sintió un fuerte golpe en el pecho y empezó a caer. Beacham meneó la cabeza. Floyd Leathill, en el umbral, tenía las manos en alto y temblaba como hoja seca.

—No disparen... no disparen... —gimió.

Beacham guardó silencio unos instantes. El teniente Clancy entró en el despacho y le miró fijamente.

—No quiso soltar el arma —dijo.

—Es cierto —concordó el joven.

Luego levantó el teléfono y marcó un número.

—¿Quién es? Ah, hola. Freddie. Todo está listo. Ya podéis regresar a casa.

* * *

A pocos pasos de la puerta, Cleo, irresoluta, se detuvo. Su padre la tocó en un brazo.

—No... no me atrevo, papá —dijo la muchacha.

Shapper sonrió comprensivamente.

—Hija, deberías ser un poco más valiente —aconsejó.

—Pero... él tiene mucho dinero y yo... nosotros, estamos arruinados...

—Si le quieres, el dinero importa poco. Nada, mejor dicho. Anda, entra, Cleo.

Dentro de la casa sonaban voces que entonaban una picante

canción tabernaria. Cleo se decidió al fin y abrió.

Seis pares de ojos se clavaron en ella. Freddie corrió hacia la entrada.

—Bien venidos al club de los Pervertidos Sanguinarios —exclamó alegremente.

Cleo sonrió.

—Pero si también está aquí Patapalo...

—He trasladado mi local por esta noche —respondió el dueño de El Caldero de Alquitrán.

Beacham avanzó al encuentro de los recién llegados.

—Estamos celebrando el final de un juego de tramposos —dijo—. Entren y tomarán una copa con nosotros.

—Ganó el tramposo más listo —sonrió Shapper.

—Mi manga podía esconder un mayor número de cartas —rió el joven.

—Zane, hemos venido a darle las gracias...

Beacham levantó una mano para interrumpir al padre de Cleo.

—No vuelva a mencionar jamás una cosa semejante —prohibió—. Vamos, busque una copa y que se la llenen.

Miró a la muchacha. Cleo tenía los labios temblorosos.

—Vamos afuera —propuso él.

Cleo accedió. Beacham cerró la puerta a sus espaldas.

—Y ahora, supongo, querrás una explicación —dijo.

—Si no te importa...

—Verás, hace tiempo, nos encargaron una serie de prospecciones de terrenos en Alaska. Todos somos expertos y yo tengo el título de ingeniero de minas. Bueno, entonces recordé que había unos terrenos allí, que habían pertenecido a mi bisabuelo y que habían continuado en la familia durante todos los años, desde el siglo pasado. No valían apenas, no tenían demasiada extensión, pero... encontramos petróleo. Y ahora tenemos un par de pozos que nos producen mil barriles diarios. Los muchachos habían invertido un cinco por ciento cada uno, de modo que todos perciben los beneficios de cincuenta barriles al día. El cinco por ciento es individual, lo que significa que cada uno viene a ganar unos treinta y cinco dólares por barril, mil setecientos cincuenta dólares diarios.

—¿Y tú...?

—Ochocientos barriles diarios, a treinta y cinco dólares... El

total aproximado es de veintiocho mil diarios, ochocientos cuarenta mil mensuales, algo así como diez millones al año.

—¡Eres un jeque del petróleo, sin turbante! —rió Cleo.

—Claro que los inspectores del Fisco nos abrasan vivos con sus impuestos, pero, aun así, queda lo suficiente para vivir sin agobios.

—Y estabas en el parque, con el aspecto de un mendigo...

—Bueno, me gusta vestir cómodamente —sonrió él.

—Zane, nosotros estamos ahora arruinados —dijo la muchacha.

—¿Qué harías si yo no tuviese dinero y te pidiese en matrimonio?

—La duda ofende, Zane —respondió ella vivamente.

—¿Y si hubiese sido al revés?

—Lo mismo. El dinero no importa; lo que importa es...

Cleo no pudo seguir. Beacham la había interrumpido, besándola fuertemente.

—Esto es lo que importa —dijo el joven momentos más tarde.

—Sí, es cierto —contestó Cleo, con los ojos chispeantes de felicidad.

—Y lo que vendrá a partir de ahora, no tendrá nada de trampa —prometió Beacham.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.